

La venganza de la vaca

Sergio Aguirre



¿Quién puede temerle a una vaca? Seis amigos, solos en una casa de campo, recuerdan, narran y descubren historias perturbadoras y terroríficas con vacas como indeseadas protagonistas. ¿Son fabulaciones o esos sucesos ocurrieron realmente? Una trama compleja y angustiante se urde bajo esa superficie, en apariencia amistosa. Y si nada es lo que parece, el miedo—sin dudas—sí es real.

Norma

www.kapelusnorma.com.ar

CC 29005677
ISBN 978-987-545-565-8



ZONA
LIBRE

La venganza de la vaca

Sergio Aguirre

La venganza de la vaca

Sergio Aguirre

Norma

ZONA
LIBRE

**ZONA
LIBRE**

La venganza de la vaca

SERGIO AGUIRRE

Sergio Aguirre

Nació en Córdoba en 1961. Como psicólogo tuvo a su cargo la coordinación del Taller Literario del Hospital Neuropsiquiátrico de su ciudad.

La venganza de la vaca, su primera novela, recibió el Accésit del Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura 1998. En esta colección ha publicado también *Los vecinos mueren en las novelas* y *El misterio de Cranlock*.

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

Aguirre, Sergio
La venganza de la vaca / Aguirre, Sergio. - 2a ed. 5a reimp. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2016.
116 p. ; 21x14 cm.
ISBN 978-987-545-565-8
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Sergio Aguirre, 1998
© Editorial Norma S.A., 1998
para todo el mundo.
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio,
sin permiso escrito de la editorial.

Primera edición: marzo de 1998
Segunda edición: marzo de 2013
Quinta reimpresión: marzo de 2016

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección Editorial: María Candelaria Posada
Dirección de arte: Julio Vanoj
Diseño de tapa: Romina Kovera
Imagen de tapa: Sherrie Thai
Diagramación: Ana Inés Rojas

CC: 29005677
ISBN: 978-987-545-565-8

CONTENIDO

Capítulo uno	9
Capítulo dos	13
Capítulo tres	19
Capítulo cuatro	27
Capítulo cinco	51
Capítulo seis	73
Capítulo siete	87
Capítulo ocho	107

The Times, Octubre 9, de 1994

TRAGEDIA EN SOTHERSBY FARM

Un hecho insólito y desgraciado conmocionó Sothersby Farm durante la mañana del día de ayer. Según el testimonio de unos empleados de la granja que estaban presentes y se vieron sorprendidos por el suceso, una vaca acorraló a un niño de once años que en esos momentos se encontraba dentro del establo. El niño fue embestido repetidas veces por el animal hasta quedar sin vida.

No pudieron ser determinadas las razones que llevaron al animal a semejante conducta. Especialistas indican que una vaca solamente puede reaccionar de esa manera si se ve agredida, situación que no es la que aparentemente tuvo lugar en ese momento. El estupor y la indignación ganó a los lugareños de esa pequeña localidad del condado de Sussex. El animal fue sacrificado.

Le pareció que recién acababa de dormirse cuando ese ruido la despertó. Debíó haber sido fuerte, porque ella tenía el sueño pesado. Se incorporó apoyándose en un brazo y esperó. No se escuchaba nada. Pensó que podía ser el viento, nuevamente, y como se había acostado asustada... la despertó.

La oscuridad era absoluta. Se acomodó para seguir durmiendo cuando sintió ese olor. Un horrible... olor a... ¿qué?... Quiso encender el velador. A tientas buscó la perilla pero no podía encontrarla, hasta que en uno de los movimientos de la mano la tocó. No se encendió. Decidió sentarse en la cama.

Ahora podía sentir más nítidamente el olor. Era olor a excremento, a excremento de animal...

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Temblando trató de llegar hasta la puerta. Estaba abierta. (En ese momento no recordó que para desvestirse la había cerrado...) Salíó al pasillo, el olor era más fuerte y quiso llamar a alguien, pero sólo le salió un balbuceo. Comenzó a caminar como una ciega con los brazos extendidos tocando las paredes. Quería encontrar alguna de las puertas de las otras habitaciones, cuando sintió bajo sus pies algo húmedo y pastoso. En ese momento comenzó a gritar. Tambaleándose y en puntas de pie quiso correr pero no dio más de tres pasos y tropezó con eso.

Cayó de bruces y en su pierna izquierda sintió los pelos.

Con un grito ahogado trató de levantarse, pero no pudo. Sentía que las piernas no le respondían. Comenzó a arrastrarse hasta que logró hacer pie. En ese momento se encendió una luz y la pudo ver: la cabeza enorme, con los ojos cerrados, en la mitad del pasillo.

Empezó a retroceder y dar alaridos sin dejar de mirar ese espantoso bulto que dejaba ver la lengua a un costado.

Con las manos en la cabeza, mientras retrocedía de espaldas a la escalera, tampoco pudo tocar el pasamanos, hasta que se sintió en el aire. Lo último que vio fue el techo y sus brazos haciendo movimientos desesperados para agarrarse de algo, mientras que sentía que comenzaba a caer...

Capítulo uno

(Marcela)

Nunca me gustaron los velorios. Empezando por el olor. Cuando era chica creía que era el olor de los muertos, y en realidad son las flores. Parece que así, todas juntas, en coronas, dan ese aroma tan horrible de los velorios.

Leticia me avisó que la mamá de Rafael había muerto. No sabía nada, quiero decir, que estaba enferma. Pobre Rafael...

Me vestí tratando de no usar un color fuerte. Estoy un poco nerviosa. No sé por qué, a lo mejor porque es la primera vez que se trata de alguien que yo conocía, quiero decir, alguien con quien estuve, hablé, y además es

la madre de un amigo mío y eso es la otra cosa: qué decirle a Rafael. Sé que nadie va a estar atento a lo que yo le diga pero no quiero pasar un papelón. Es estúpido pero es así. Le pregunté a mamá qué se dice en esos momentos y me miró como extrañada con la pregunta: "Nada, qué le vas a decir. Vas para acompañarlo en ese momento". Me dio vergüenza haberle preguntado. La verdad es que con dieciocho años se supone que ya sé qué decirle a un amigo en el velorio de la madre.

Van a estar todos. Creo que me da un poco de miedo volver a encontrarlos. No sé por qué. O sí sé y es porque siempre tuve la sensación de que ese grupito era muy cerrado. Las veces que estoy con ellos no dejo de sentirme como sapo de otro pozo, y hasta me extraña que Leticia me haya avisado del velorio.

A lo mejor son cosas mías y me quieren más de lo que pienso, qué se yo, no sería la primera vez que no me doy cuenta de algunas cosas, como cuando Raúl me dijo que estaba enamorado de mí desde el tercer año y yo ni enterada.

Eran cosas mías, nomás. Y estaban todos: Rafael, por supuesto, Leticia, Carlos, Manuel, y Cristina y me trataron como una de ellos. Como no conocíamos a nadie nos fuimos a otra salita, menos Rafael, pobre, que por ahí venía, creo que para que Cristina lo abrazara y se volvía a ir cuando llegaba algún pariente. No hablamos del colegio y eso me gustó. La verdad es que yo no tengo mucha nostalgia, es más, estoy feliz de haber terminado la secundaria y no tener que verle la cara a varios...

(Leticia)

Nos cayó como un balde de agua fría, pobre Rafael. La última vez que lo vi me dijo que la madre estaba un poco decaída pero en ningún momento me dio a entender que fuera grave, o a lo mejor él no lo sabía, pobrecito. Debe ser horrible. Cuando Cristina me llamó por teléfono me largué a llorar como una loca, no sé, empecé a temblar y se me llenaron los ojos de lágrimas y papá a mi lado preguntándose qué había pasado y yo que no podía hablar, pensaba en Rafael, en su mamá, pero lloraba porque en ese momento me acordé de lo otro, el año pasado.

La muerte es horrible. Me duele y me da bronca. Creo que por eso mi primer impulso fue llamar a Marcela. Decirle.

Le avisé y le pedí que fuera al velorio.

((Carlos))

Rafael estaba muy mal. Nunca lo había visto así y eso me impresionó un poco, quiero decir, hay personas que uno no puede imaginar llorando, o desesperados y cuando los ve, no sé, es como si fueran otros. Me dio tanta tristeza que en un momento sentía que si lo seguía mirando me largaba a llorar yo también, no era por la mamá, sino de verlo a Rafael.

Estábamos todos, fue un poco revivir lo del año pasado. Pero ahora también estaba Marcela. Supuse que Leticia le había avisado, como quedamos. Cristina pareció adivinar mi pensamiento porque en un momento se me acercó y me dijo que teníamos que juntarnos, que

Sergio Aguirre

ya era tiempo y que disponía de la casa del abuelo en Las Vertientes. Sólo había que planificarlo.

(Manuel)

Ni bien llegué y los vi a todos, y a Rafael llorando, no dudé que lo teníamos que hacer. A eso de las dos de la mañana me fui con Leticia y a las dos cuerdas para- mos en un café. Me contó que Cristina tenía la casa y que debíamos juntarnos para organizarnos. Pensamos que habría que esperar un tiempo, por Rafael, porque si alguien tenía que estar era él.

(Cristina)

Ya sé que es morbos, pero no puedo evitarlo. Apenas se durmió Rafael volví a casa. Cuando estaba en la cama abrí el cajón de la mesita de luz para ver de nuevo el recorte del diario. Me dio miedo. Es la primera vez que me da miedo.

Capítulo dos

La casa del abuelo de Cristina era perfecta para los días de Semana Santa. En las afueras del pueblo, sin vecinos, la casona había pertenecido a la familia desde principios de siglo, cuando Las Vertientes no existía como pueblo y en la zona sólo había algunas estancias, muy separadas unas de las otras, y de las cuales esa casa era el casco de la que pertenecía al bisabuelo de Cristina. Con el paso del tiempo, y después de algunas malas épocas que obligaron a vender grandes parcelas de tierra, quedó finalmente un gran parque repleto de robles y pinos, y en el centro, la casa, a la que se llegaba después

de caminar un largo trecho bajo la sombra cerrada del bosque de casi cien años.

Por un capricho de la bisabuela de Cristina, la casa había sido diseñada en un estilo gótico que la hacía parecer más una pequeña iglesia europea que una estancia. Construida totalmente en piedra, estaba cubierta de musgo y enredaderas, que, al secarse, en invierno, le daban un aspecto de abandono y de vejez que producía tristeza o cierto temor.

Esa mañana amaneció frío.

Para ir a Las Vertientes, Carlos primero debía viajar a Córdoba. Vivía en un pequeño pueblo llamado Los Molles, al norte de la provincia. Después de terminar la secundaria, había decidido, que por ese año no iría a la Universidad y se quedó en el campo. A veces extrañaba a su tía, con la que había vivido en la ciudad, y más extrañaba a sus amigos del colegio, las salidas imprevistas, ir a bailar o todos al cine y a la salida comer en casa de Leticia, que vivía en el centro y la madre siempre tenía algo rico, sobre todo cuando ellos no tenían plata.

Se levantó a las cinco de la mañana. Desde Los Molles hasta Córdoba tenía dos horas, allí debía encontrarse con Manuel y otras tres hasta Las Vertientes: calculó que llegarían al mediodía.

Todavía era de noche cuando salió de su casa. Él mismo se había preparado el desayuno tratando de no hacer demasiado ruido, porque sabía que si su madre se despertaba tendría que escuchar nuevamente todas

las recomendaciones que ya había escuchado la noche anterior. "Pobre...", pensó, "me pide que me cuide...", ni se imagina lo que está pasando..."

Mientras esperaba el ómnibus en la terminal, recordó la llamada de Leticia avisándole que debía parar todo. La reunión se llevaría a cabo en Semana Santa y en la casona de Las Vertientes. Habían pasado un fin de semana allí, hacia dos años, pero aquella vez lo hicieron para divertirse.

Ya en la ruta se acomodó para dormir. Le había tocado el asiento al lado de la ventanilla. Se levantó la solapa de la campera para cubrirse del aire frío que le daba en el cuello; se acurrucó dándole la espalda a la señora que estaba sentada a su lado, y, antes de cerrar los ojos, pudo ver cómo las primeras luces del día iluminaban los sembradíos, unos cipreses haciendo hilera al costado de una casa y, por todos lados, las vacas, que, a esa hora, comenzaban a pastar.

Leticia le había dicho que a las nueve la pasaría a buscar y eran las nueve y media y todavía no llegaba. De haber sabido se quedaba un rato más en la cama. Odiaba levantarse temprano. Siempre, desde chica, cuando iba a la escuela. Por eso nunca organizaba nada para la mañana y había elegido los horarios de tarde en la facultad. Pero esto era distinto. No podía decirle a Leticia que ella iría después del mediodía porque a la mañana dormía. Le daba miedo quedar como una perezosa o algo así. Por momentos se sentía -no sabía explicarlo- juzgada por sus compañeros. Pensó, mientras

esperaba a Leticia, que no siempre disfrutaba estar con ellos. En realidad jamás la habían tratado mal –no podía decir algo así–, no era eso, sino gestos... como si le ocultasen algo... o cosas que la hacían sentir diferente. No importaba; la habían invitado a las sierras y ella no pensaba desperdiciar la invitación. Unos días en Las Vertientes le vendrían bien.

Tocaron la puerta. Debía ser Leticia. Se levantó rápidamente de un sillón harnaca en el que estaba medio recostada y fue a abrir.

A Leticia le pareció que Marcela estaba medio dormida cuando le abrió la puerta. Se disculpó por la demora y le pidió que la invitara con un café o cualquier cosa caliente. Mientras entraba le explicó que se había quedado dormida y cuando se despertó y vio la hora salió volando y no tomó nada. Y hasta que llegaran no iba a aguantar con el estómago vacío.

Tomaron un café con galletas antes de subir al taxi que las llevó hasta la terminal de ómnibus. A Leticia le causaba gracia ver cómo el aire frío de la mañana iba despertando cada vez más a Marcela: los ojos se le deshinchaban y hablaba más rápido, como lo hacía siempre. Antes de subir al ómnibus compraron cigarrillos y unas pastillas de menta; los cigarrillos para Marcela y las pastillas para Leticia, sin azúcar, por sugerencia de su amiga.

–Me imagino que allá habrá algún lugar adonde pueda comprar cigarrillos –dijo Marcela una vez que estaba arriba del ómnibus–, si no, estoy fría porque ésta es la única etiqueta que llevo.

–No sé qué decite, supongo que sí, aunque seguro hay que ir en auto porque allá, cerca, no hay nada –le respondió Leticia.

El ómnibus cerró la puerta. Lentamente comenzó a moverse hasta tomar la rampa de salida de la terminal, donde finalmente aceleró. En la bajada, Marcela y Leticia sintieron un cosquilleo en el estómago.

No sabían que una de las dos no volvería del viaje que comenzaban.

El día anterior, al rato de sentarse y poner en marcha el auto, los vidrios comenzaron a empañarse. Rafael pensó que comenzaban los fríos más fuertes y ya no era una buena idea dejar el auto en el patio, sin entrarlo en la cochera. Se bajó del auto y se dirigió a la cocina. De un armario sacó una pequeña francla. Cuando la tuvo en sus manos recordó a su madre con la misma francla en las manos en las mañanas de la casa. Hacía más de dos meses que había muerto y lo seguían persiguiendo todos esos pequeños recuerdos que, pensó, no lo dejarían nunca.

Se fijó en la hora e imaginó que Cristina lo estaría esperando.

Cuando salió de la casa, camino a la de Cristina, revisó mentalmente todos los preparativos. Calculó que no llegarían a Las Vertientes antes de las dos de la tarde.

Cristina lo había previsto y preparó unos sándwiches. Estaba sentada en la mesa de la cocina, mirando la calle, cuando Rafael estacionaba el auto en la puerta de la casa. Tomó el bolso, que estaba a su lado, saludó

Sergio Aguirre

a su mamá mientras escuchaba, impaciente, las últimas indicaciones, y salió justo en el momento en que Rafael estaba por golpear la puerta.

Se besaron y subieron al auto rápidamente. Una hora después, tras pasar, como también estaba previsto, por un supermercado, tomaron la ruta a una velocidad que los asustó cuando, más adelante, doblaron en una curva bastante cerrada.

"Tengo que tranquilizarme", pensó Rafael, mientras le pareció ver, más tarde, la silueta de una vaca cruzar lentamente de una orilla a la otra del camino.

Capítulo tres

Cristina y Rafael habían terminado todo lo que tenían que hacer durante la mañana y, cerca de las once, esperaron que los demás comenzaran a llegar.

Se sentaron en una pequeña escalinata que estaba en la entrada de la casa. Desde allí podían ver el camino que conducía a la ruta, antes de que se perdiera en el bosque. El sol tenue del otoño arrojaba una luz que parecía concentrarse en las hojas amarillas de los árboles, recortadas por el verde de los pinos. En el horizonte, unos rubarrones grises prometían el fin de lo que había comenzado como un cálido día otoñal, típico de Semana Santa.

Como sentía que no podía estar quieta, Cristina decidió comenzar a recoger hojarasca que se había acumulado en los alrededores de la casa cuando escuchó la voz de Leticia:

—¡Hola!, buenos días!, espero que no lleguemos muy tarde para tomar unos mates...

Leticia y Marcela aparecieron con sus mochilas haciendo ruido al pisar sobre las hojas secas del camino. Rafael salió a su encuentro y las ayudó con las mochilas.

—Por supuesto que no, chicas, ya pongo la pava y nos sentamos por ahí.

Entraron a la casa. Marcela se desplomó sobre uno de los sillones:

—Que largo el camino desde la ruta... estoy toda transpirada.

—Es largo pero muy lindo, nunca había visto estos árboles tan amarillos, parecen bañados en oro —Leticia se acercó a una de las ventanas.

—De todos modos preferiría verlos desde un auto

—Marcela hizo un gesto con la mano como si estuviera abanicándose.

Rafael volvió de la cocina con un termo en la mano:

—¿Tomamos mate aquí o afuera?

—Voto por afuera —dijo Cristina—, me parece que más tarde se va a nublar y sería bueno aprovechar un poco de sol.

Salieron y se sentaron en círculo en unos pequeños sillones que estaban a un costado de la casa.

—No te puedo creer que ustedes limpiaron toda la casa para recibirnos —dijo Marcela levantando la vista hacia los dos pisos de arriba de la vieja casona.

—Repasamos las habitaciones e hicimos las camas. A la casa la limpia una mujer que viene cada quince días, o cuando tiene ganas, y la mantiene. Si no, tendríamos que haber estado hace una semana...

—Me parece que viene alguien... —Rafael se levantó mirando hacia el camino.

Entre los árboles, aparecieron Carlos y Manuel. Cristina se levantó:

—¡Bienvenidos! ¡Por aquí!

Manuel se adelantó:

—Veo que llegamos justo para tomar mate.

Los recién llegados saludaron a todos y, dejando los bolsos en el piso, se sentaron al borde de la galería.

Cristina miró el reloj:

—¿Tienen hambre, chicos? Porque puedo ir poniendo el agua a hervir, les cuento que hoy vamos a comer tallarines.

—Excelente —respondió Carlos—. Si necesitas ayuda...

—Por supuesto.

Carlos y Cristina se levantaron y entraron a la casa.

—Yo les puedo ir mostrando cuáles son sus habitaciones... —dijo Rafael.

—Bábaro —respondió Marcela— y de paso me acuesto un ratito antes de almorzar. Hoy me hicieron madrugar.

Después de acomodarse y **almorzar**, decidieron **salir a caminar**. El cielo se había nublado y comenzaba a soplar un viento fresco.

Tras detenerse a la orilla de un riachuelo a descansar de las subidas y bajadas de las lomas serranas, **y cuando comenzó a caer una tenue llovizna**, emprendieron el regreso.

—La verdad es que es un poco triste esta zona, ¿no? —dijo Marcela.

—Es cierto, sobre todo en invierno —Cristina recorrió con la mirada el bosque que los circundaba— pero de todos modos yo viviría acá. A Rafael también le gusta.

—Bueno, pero de todos modos no podríamos vivir aquí, digo, tendrían que pasar algunas cosas...

—Primero casarse —interrumpió Manuel.

—Eso sí —le siguió Cristina guiñando un ojo a Leticia que estaba a su lado.

—Bueno, o por lo menos que quisieras vivir conmigo en un lugar tan alejado —continuó Rafael— y si no te aburrís... también sería necesario que la casa fuera tuya.

—Nuestra —le corrigió Cristina—. Y bueno, algún día va a ser mía.

—Nuestra —dijo a su vez Rafael—, pero lo más importante es que vos quieras estar conmigo siempre —y la abrazó.

—Siempre, hasta que la muerte nos... —Cristina se paró en seco. En ese instante se acordó de la mamá de Rafael.

Rafael bajó los ojos:

—Sí... siempre.

Llegaban a la casa.

En el momento en que entraban, distraídamente,

Carlos preguntó:

—¿No habrá fantasmas en la casa, no?

Cristina se demoró en contestar:

—No, no hay fantasmas. A veces entra algún animal —dijo mirando de reojo a Rafael.

—¿Animal? —preguntó extrañada Marcela— ¿Cómo algún animal?

—Vacas —respondió Cristina—, pero **espero que eso no suceda**.

—No me digas que entran vacas hasta la casa... —la expresión de Carlos cambió—. Sí... yo también espero que eso no suceda...

—¿Les tienen miedo a las vacas? —Marcela fruncía el ceño en un gesto de incredulidad.

—Algún día les voy a contar... —dijo Carlos.

—No, contáme ahora, no me déjes con la intriga —Marcela insistió.

—No, ahora no —Carlos sonó terminante, y acto seguido agregó sonriente—: Ahora vamos a **tomar té**

Al finalizar un prolongado té con unas galletitas que Cristina había preparado el día anterior, jugaron al **ludo**. Había comenzado a llover y se dispusieron a pasar toda la tarde con los juegos de mesa: el ludo y un **ajedrez** que estaba dispuesto sobre una cómoda, con el que Carlos y Manuel se enfrentaron en un rincón del espacioso living.

A eso de las seis y media Cristina encendió las luces de la casa, hizo fuego en el calefón a leña para

que hubiese agua caliente a la hora de bañarse y, con mucho ruido, aseguró las puertas.

—¿Por qué cerrarás tanto?, ¿hay ladrones por aquí? —preguntó Marcela.

Cristina le contestó sin mirarla:

—Es por los animales —e inmediatamente cambió de tema—. ¿Saben qué vamos a comer esta noche?

—Déjame ver... —Leticia apoyó los dedos sobre sus labios—, ¡carne al horno!

—No, nunca comemos carne.

—¿Son vegetarianos? —preguntó Marcela.

Rafael le contestó en voz baja:

—No, sólo que no comemos carne de vaca...

—De nuevo con las vacas, ¿me quieren decir qué pasa con las vacas?

Cristina y Carlos se miraron.

—Nada... bueno... —comenzó Carlos—, en realidad sí pasó algo con las vacas. Al principio creí que era una cosa mía pero... miren chicos, no sé si es el momento para contarles...

—Está bien, Carlos —Cristina lo interrumpió—, creo que a ellos les podemos contar, pero no sé si ahora...

—Por favor —Marcela hizo un gesto con las manos—, con esto de las vacas me están poniendo nerviosa... cuenten... —miró a los demás buscando aprobación para su propuesta.

—Bueno, pero después de comer, ¿les parece? Todos asintieron.

La cena consistió en pizzas. Después de bañarse, las chicas comenzaron a prepararlas mientras los

muchachos intentaban hacer funcionar un viejo combinado que estaba en el living. Comieron en la cocina. Había comenzado a refrescar, y el calor del horno los persuadió de cenar allí mismo. Rafael se ofreció para encender el hogar.

A la hora de haber terminado la cena, todos estaban nuevamente en el living, tomando café frente a un generoso fuego que Cristina alimentaba permanentemente. En un claro de la conversación, Carlos fue hasta la ventana y permaneció mirando un momento, como si buscara algo.

Marcela, que estaba a su lado, lo observó:

—¿Qué miras, Carlos?

Carlos se dio vuelta:

—Es que me pareció ver algo...

Todos voltearon a mirar a Carlos.

—No se asusten... simplemente me pareció ver el movimiento como de un animal, pero debe haber sido el reflejo de alguno de nosotros en el espejo, porque ahora no veo nada.

—¡Ah!, de nuevo los animales. Ustedes tienen que contar algo sobre las vacas, ahora que me acuerdo...

—dijo Marcela.

Algo más sería, Leticia agregó:

—Sí, chicos, qué pasa...

Cristina, que estaba parada removiendo los leños del hogar, se sentó en uno de los sillones, y, mirando a

Carlos, dijo:

—¿Empezás vos o empiezo yo?

Carlos esbozó una sonrisa:

-No, empecé vos nomás.

-Bueno. El año pasado, para las vacaciones de invierno, nos encontramos con Carlos en la Librería Del Sol. Yo tenía una pequeña carta que Rafael le había mandado en el mismo sobre de la que recibí yo... Estábamos charlando en el barcito que está al lado de la librería, y veo que Carlitos se pone pálido como una hoja de papel y queda con la boca abierta. Me dio la impresión de que había visto a alguien. Le pregunté qué le pasaba, si se sentía mal o algo, pero me dijo que estaba bien. Por supuesto que no le creí, así que comencé a insistir para que me contara. Hasta que, finalmente, me relató la historia... Me pareció más que una casualidad que justo se dieran las circunstancias para que me la relatara a mí, justamente porque yo sabía que podía ser cierta. ¿La querés contar, Carlos?

Carlos encendió un cigarrillo y se acomodó en uno de los sillones del living. Miró nerviosamente a sus amigos, y comenzó:

Capítulo cuatro

Hace dos años, durante el verano, estaba en mi casa de Los Molles. Algunos de ustedes ya han ido, y saben que en Los Molles no hay muchas cosas para pasar el verano; encima ese año mi papá había inaugurado la heladería en el pueblo y decidió que debía quedarse a trabajar. Así que, a falta de verano, decidí hacerme socio de un club que abrieron ese verano en Santa Rosa al que, como siempre pasa en esos pueblos cuando algo es nuevo, iba todo el mundo. Santa Rosa queda a veinte kilómetros de Los Molles, así que todas las siestas agarraba la moto y picaba al club.

No era malo, quiero decir, era mejor que quedarme en mi casa, pero después de unos días la cosa se ponía medio aburrida. Ustedes saben... ya te conocés con todos... qué se yo, vos mismo sos figura repetida; pero lo mismo seguí yendo, a lo mejor porque no tenía otra cosa y si me quedaba en casa era para trabajar.

Una tarde, voy a la cantina para tomar una Coca y me atiende una chica que no había visto antes. La cantina la tenía a cargo la novia del turco Asis, el dueño, y cuando vi a esta chica pensé que el turco se había peleado, o algo así. Les digo, apenas la vi me gustó.

Clara - me enteré que se llamaba - era bastante alta, casi más alta que yo y muy suave, no sé, me daba esa sensación cuando hablaba o por la forma de agarrar las botellas, qué se yo, me viene esa palabra, como que todo en ella era muy suave y tranquilo. Tenía un modo pausado de moverse y de mirarte, de a poco. Creo que eso me encantó de Clara, aparte de que, para mí por lo menos, era muy linda, realmente linda.

Siempre estaba muy quieta, parada atrás del mostrador o apenas apoyada en un banco, cuando no había clientes. Me acuerdo que la primera vez que la vi, ella me miró como preguntándome qué quería y yo no podía decir nada, no sé, me quedé como un imbécil mirándola no se cuánto hasta que al final me salió: "una Coca". Qué les digo, me pasaba gran parte de la tarde en la cantina, y era raro, pero ésa es la verdad; no me animaba a trabar conversación, ni siquiera se me ocurría nada para preguntarle. Ustedes saben que a mí no me cuesta, pero con ella no me animaba.

Nadie la conocía, y hasta donde pude averiguar no tenía amigos, por lo menos en Santa Rosa. Cuando me lo crucé al turco ahí nomás le pregunté. Sabía que me arriesgaba porque ese turquito, de bocina, era capaz de ir ahí mismo a decirle que yo andaba atrás de ella, pero no me importó y le pregunté de dónde había salido su nueva cantinera.

Se ve que me vio, las intenciones porque me dijo: - Difícil, Carlitos. Esta chica es del campo y te cuento que la tienen bien vigilada: el padre la trae en el sulky a la mañana y la viene a buscar cuando cerramos, a las ocho en punto. Es muy buena, pero no habla con nadie, no se le conocen amistades, y mucho menos novios. A mí me la recomendó una vecina de la familia. Ellos tienen un tambito cerca del campo del marido, y como las cosas parece que no andaban muy bien, el padre le pidió que le busque algo. Pero como te digo, por lo que sé, me parece que es gente de no tener mucha relación, no raros, pero gente de campo, como de otra época, ésa es la impresión que yo tengo, vaya a saber...

Les cuento que lo que me dijo el turco no me acobardó en lo más mínimo. Al contrario, medio que me gustó que no fuera una chica de mucho roce, como que me dieron ganas de... no sé, como de enseñarle, que conociera cosas conmigo... esas películas que uno se hace.

Una tarde me quedé hasta que cerrara el club. Quería ver cómo era eso de que la venía a buscar el padre, no fuera que el turco ladino ése me hubiera hecho tragar el verso para tener el mismo cancha libre

(porque estaba enterado que sí se había peleado con la novia), así que me aposté en la puerta del club sentado en la moto. En una de esas...

Pero fue como dijo: a las ocho un hombre apareció en un sulky y se paró justo en el portón. Era bastante gordo, con una camisa prendida hasta el cuello, bombachas y alparagas. Se notaba a la legua que era de campo. Mientras lo miraba se me vino la imagen de Clara. Debía haber salido a la madre, porque no tenía absolutamente ningún parecido con ese hombre.

A las ocho salió apresurada y se subió al sulky. No se dijeron ni una sola palabra. Él hizo un movimiento de riendas y arrancaron. Me quedé mirando hasta que se perdieron en la calle.

A los dos días me animé y sin decir agua va agua viene le pregunté el nombre. Ella contestó sin mirarme: "Clara". Y entró a la cocina que estaba atrás de la barra. Yo me quedé esperando, hasta que me di cuenta que eso era todo.

Mientras rogaba que no hubiera testigos de esa escena, me di vuelta lo más disimuladamente que pude, y salí de la cantina.

Al día siguiente, como siempre, le pedí una Coca. Cuando la puso sobre la barra le dije: "Ayer me dejaste con la palabra en la boca".

Me miró sorprendida:
-¿Qué palabra?

¿Pueden creer que no supe qué decir? Me pareció que sonreía y dije: "No, nada..." y de nuevo salí de la cantina. No sabía por qué, pero algo de Clara hacía que me atontara, como que cualquier cosa que yo dijese era una estupidez, no sé, me hacía acordar de cuando tenía quince años, y ni eso, porque a los quince nunca me taré como al principio con ella.

Al final la cosa se dio de la manera más inesperada. Un día, justo cuando llegaba, el turco salió apurado y me paró: "Hácenme un favor, Caritos, entráme estos cajones de cerveza a la cocina, yo tengo que salir urgente, discúlpame que te lo pida pero está la chica sola y tengo que meterlos en la heladera".

Cómo será que en ese momento no me di cuenta que eso significaba que yo iba a estar con ella en la cocina ni más ni menos, y con una excusa para hablarle. Creo que justamente porque no me di cuenta todo salió bien. Comencé a entrar los cajones. Apenas entré a la cocina la vi. Creo que se asustó un poco, porque venía caminando y se paró en seco.

-El turco me pidió que entrara los cajones... vos me dirás adonde los dejo...

-Sí, ahí nomás, yo los acomodo en la heladera... está bien.

-No, decíme en qué puerta y yo guardo las botellas... (ahora no se me iba a escapar).

Abrió la puerta donde debía guardar las botellas y se quedó mirando como yo las colocaba, una por una. Al terminar le pregunté:

—Ahora sí, me podés servir una... —(hice un silencio para ver si ella decía...)

—Coca.

—¿Cómo adivinaste?

Me sonrió, y yo sentí que me corría algo en la espalda, algo muy lindo.

Las primeras veces que hablamos tenía que sacarle las palabras como con un tirabuzón, y no me importaba porque creo que si decía más de dos o tres o qué se yo cuántas, o cuando sonreía yo sentía que era por mí y, es estúpido, pero creía que eran como pequeños triunfos sobre su finidez o lo que fuera y que eso no era poco; y eran signo de que yo le gustaba y me imaginaba que sería así cada vez más, hasta que un día ella, sola, me hablaría, y eso era todo lo que yo esperaba.

Esos días fueron días muy lindos... Yo llegaba y ella, tras el mostrador, se daba vuelta y sacaba la botellita de Coca. Con la otra mano, muy suavemente, la abría. Daba vuelta a uno de los vasos que estaban sobre el estante y lo ponía enfrente mío; todo eso como con una sonrisa contenida, que era una especie de preámbulo antes de decirme (todos los días igual): "Hola Carlos". Escuchar mi nombre pronunciado por ella me emocionaba, nunca me había pasado algo así.

De a poco, comenzamos a conocernos; o mejor dicho, comenzó a conocerme; porque casi todo el tiempo hablaba yo, mientras ella me escuchaba de una manera que nunca habían hecho conmigo, no sé

cómo decirlo, como si estuviese profundamente interesada en todo lo que yo le contaba. Pero las veces que yo le hacía preguntas sobre ella, las eludía; no como si no quisiera hablar —y eso es otra cosa que no puedo explicar— era como si no hubiera nada para decir, como si ella fuera un sueño, o una imagen, nada más. Y a lo mejor como para mí ella era una especie de sueño, no sospeché nada.

Lo inevitable se aproximaba: yo quería que saliéramos, que algún día pudiésemos ir a algún lado, solos. Cuando se lo propuse, lo hice con todas las precauciones del caso y dispuesto a lo que hiciese falta (me imaginaba yendo a la casa, acatando horarios y, en el peor de los casos, acompañados por algún hermanito). La respuesta fue terminante: "No, Carlos, no podemos vernos en otro lugar, y no insistas".

La verdad es que no esperé que las cosas fueran tan extremas. Sabía, por el turco, y porque me daba cuenta, que la cuidaban mucho, quiero decir, los padres eran gente chapada a la antigua y todo eso, pero cuando la escuché tan segura, como si le hubiese propuesto algo que nunca sería posible, no supe qué pensar. En ese momento no le dije nada. La respuesta realmente me acobardó, y tampoco quería ponerme pesado. Me acuerdo que se me ocurrió que a lo mejor tenía miedo. Era posible. En una de esas vaya a saber qué cosas le habían metido en la cabeza esos campesinos desconfiados que tenía como padres... Como me daba mucha bronca pensar en eso, decidí dejarlo así y después veríamos.

Se me cruzaron varias cosas: primero, que eran los padres. A lo mejor le habían dicho que si salía con alguien se tenía que casar... O que debía tener mucho cuidado... alguna imbecilidad por el estilo. Pensé... "pobres, después de todo tienen razón", no era raro que una chica cada tanto apareciera embarazada de algún crápula que... La sola idea de que alguien pudiera lastimarme me hacía mal. En ese momento entendía todo, a los padres, todo: me daban ganas de ir y felicitarlos, y decirles que pensaba como ellos, y que yo era distinto y conmigo no iban a tener problemas...

Pero si yo le gustaba, alguna esperanza, por lo menos, me tendría que haber dado. Y ahí apareció la segunda posibilidad: yo no le atraía lo suficiente, o por lo menos lo suficiente como para tener que pedir permiso y vaya a saber qué historias para poder salir. En una de esas para ella lo nuestro era eso, estar juntos en la cantina y nada más. Porque después de todo, como pasar, no había pasado nada.

Mis dudas se despejaron cuando una siesta fui con mi prima que había venido de Córdoba. Apenas entramos sentí que Clara nos clavó la mirada y se metió a la cocina. Esperamos un rato en la barra para que nos atendiera y cuando salió casi no me miraba a la cara hasta que le dije:

—Hola, Clara, te presento a una prima de Córdoba. Laura, Clara, Clara, Laura.

Laura dijo con su voccecita chillona: "Hola, ¿qué tal?" y a Clara se le iluminó el rostro: ese instante de celos o lo que fuera me tranquilizó. También me hizo

proponerle esa misma tarde, ir a visitarla a la casa. Noté que no se lo esperaba:

—¿A mi casa? —abrió los ojos, retrocediendo un poco la cabeza.

—Sí... digo, a lo mejor, si voy yo...

—No... yo voy a pedir permiso... esperarme, vamos a poder salir

La respuesta me sorprendió. No le dije nada.

Pasaron dos días. Sin haberle preguntado, ese viernes me dijo:

—Mañana, Carlos. A la salida del club. Me dieron permiso hasta las doce.

Al otro día me fui temprano del club para cambiarme y volví en el auto, justo antes de las ocho. Clara me esperaba. Se notaba que estaba muy contenta. Me acerqué para darle un beso en la mejilla; ese día tenía unos aros de perla y un aroma de agua de colonia...

Nos fuimos a la confitería del centro, la única, frente a la plaza.

Estuvimos hasta las once. No sé por qué, me pareció que no estaba cómoda, sentada en ese lugar, a la vista de todo el pueblo.

A la vuelta la llevé a la casa. Quedaba a unos diez kilómetros entrando desde la ruta. A medida que nos aproximábamos noté que se ponía seria, como preocupada. En un momento me señaló que doblara a la izquierda y apenas lo hice, la vi. Había una luz encendida en la galería y al lado estaba el tambo, pequeño comparado con otros que había visto.

Ni bien estacioné, Clara hizo el gesto para abrir la puerta del auto mientras me decía "Chau Carlos, hasta mañana". Fue un movimiento rápido: con la mano apenas apoyada en la nuca, la hice girar y la besé.

No puedo explicarlo con palabras, pero en ese momento sentí que en ella había algo monstruoso. Fue un instante, creo que hice un movimiento de rechazo con la cabeza pero ella pareció no darse cuenta. Dio un rápido vistazo a la casa y dijo:

-Acá no..

No la dejé seguir:

-Me voy

Clara se bajó del auto y, sin darse vuelta, entró a la casa.

Cuando arranqué me pareció ver, entre la casa y el tambo, una figura, como un animal, que se movía entre las sombras.

Mientras desayunaba, a la mañana siguiente, pensé en lo que había sentido la noche anterior. ¿Qué fue lo que me produjo ese súbito sentimiento de asco, de profundo rechazo hacia Clara? En ese momento me percaté de lo poco que sabía de ella.

Esa tarde no pude ir al club. Ante el asombro de mi prima, inventé una excusa para quedarme.

Tampoco fui al otro día. Pensé que más allá de lo que hubiera sido lo que experimenté esa noche, no podía seguir viéndola; alimentar cualquier esperanza en ella sería deshonesto. Pero lo que más me perturbaba

era el recuerdo de ese beso, que no sabía por qué me había provocado semejante repugnancia. Todo lo que me parecía puro y hermoso en ella, de repente se había desvanecido, y sólo quedaba ese recuerdo, esa horrible sensación en la oscuridad, con su cabeza en mi mano y mis labios...

Volví a verla una semana más tarde.

Estaba en casa tratando de instalar un programa nuevo en la computadora cuando mi mamá apareció en la puerta de mi habitación:

-Carlos, te buscan.

Era ella. Estaba parada bajo el paraiso de la vereda.

Me acerqué tratando de esbozar una sonrisa y pensar qué le diría. La sorpresa de verla allí y ese oscuro rechazo que volví a experimentar no me dejaban reaccionar. Ella no hizo ningún movimiento. Esperé que estuviese lo suficientemente cerca y me dijo:

-No puedo quedarme...

(En ese momento, ya cerca de la calle, pude ver el sulky del padre parado enfrente de la casa del lado y al hombre que, absolutamente quieto, me miraba).

-... Sólo vengo para decirte que mañana es mi cumpleaños... mi mamá va a hacer una torta y me dijo que si yo quería te invitara... perdóname que me haya llegado hasta acá, lo que pasa es que como no fuiiste más por el club, yo no sabía si estabas enfermo o...

Logré articular algunas palabras:

-No, lo que pasa es que tenía que trabajar en la casa...

No me dejó continuar y sacó de un bolsillo de su vestido un papel:

—Acá te anoté cómo llegar... (en su voz había un tono de súplica)... tratá de ir, a eso de la tardecita... si podés.

Me sentía aturcido y, no sé si por su voz, o por verla de esa manera tan humilde de presentarse, le dije que sí. En ese momento imaginé lo que le debía haber costado ir a mi casa. También la imaginé, al otro día, esperándome. Pensé que sea lo que fuere lo que me pasaba y lo que había sentido esa noche, no podía ser tan cruel.

—Hasta mañana, Carlos —dijo media vuelta y caminó en dirección al sulky. No la vi subirse porque entré inmediatamente. Nunca había sentido esa abrumadora sensación de arrepentimiento. No por el cumpleaños, sino por todo. Seguí sin entender cómo, de repente y por un beso, lo que sentía hacía apenas dos días podía convertirse en ese deseo de apartarme de ella.

Me costó poder descifrar esa especie de mapa. Sólo por algunas letras legibles logré dilucidar los lugares que indicaba. Llegué a las ocho. Apenas crucé el portón, que estaba abierto, la vi. Estaba sentada en la galería.

Al bajarme de la moto me di cuenta que no había llevado ningún regalo. Clara se levantó y comenzó a caminar para salir a mi encuentro. Pero antes de saludarnos, desde algún lugar salieron dos chicos que se acercaron, y sin hablar, me rodearon mirándome. Eran, lo supe después, los hermanos.

Entramos a la casa. Clara me presentó a los padres: el hombre que había visto en el sulky y una mujer increíblemente parecida a la hija, pero con una boca horrible. No sé cómo describirla. Los labios eran muy pálidos y brillantes, como si estuviesen permanentemente humedecidos, y todo el tiempo hacían un movimiento hacia los costados, pero con una coordinación extraña: si el superior se hallaba a la derecha, el inferior parecía moverse hacia el otro lado. No podía dejar de mirarlos porque, y esto era lo más chocante, era una boca inmensa, anormal.

Al rato me di cuenta de que era el único invitado. La familia de Clara casi no hablaba, así que para romper esos silencios que me ponían aún peor de lo mal que me sentía, hablé yo casi todo el tiempo. Contaba lo habitual, de dónde era, qué estudiaba, esas cosas. Clara me miraba.

En un momento se levantó y volvió con una tortá que puso sobre la mesa. Inmediatamente aparecieron los hermanos. No podía creer la lentitud con que esas personas comían ese bizcochuelo. Y mientras lo hacían el silencio era absoluto. Cada tanto miraba a la madre de Clara que hacía los mismos movimientos que le había visto, pero de una manera más impresionante. Podía adivinar el bolo desplazándose por todos lados en su boca y comencé a sentir asco. Lo único que quería era irme.

Cuando ya no lo podía soportar más, le dije a Clara que quería conocer la casa. Necesitaba salir de ese lugar.

Inmediatamente se levantó y me dijo "Vení, te voy a mostrar el tambo".

Salimos de la casa y comenzamos a caminar hacia un costado, donde estaba el tambo. Tenía que me preguntara por qué no había ido a la pileta, porque estaba seguro de que no había creído la excusa que le di en mi casa. Sin embargo, no dijo nada.

Cuando entramos al tambo, el olor a guano, el excremento de las vacas, me golpeó. Muchas veces había estado en el campo pero nunca ese olor me había resultado tan penetrante como esa. Clara comenzó a contarme cómo era el trabajo que hacían sus padres. Mientras caminábamos por los bretes, veía las vacas, quietas y sumisas, que a su vez me miraban de la misma manera pacífica, inofensiva, con la que... (en ese instante sentí ese aliento caliente en la nuca)... siempre me había mirado y me estaba mirando Clara. Cuando quise apartarme de su lado, demasiado tarde. Me había echado los brazos al cuello y me acercaba su boca, la misma horrible boca de su madre, en la que pude ver, todavía dando vueltas, la pasta en la que se había convertido el bizcochuelo. Traté de contener un grito y salí corriendo del establo. Llegué a la moto sin aliento y con el corazón palpitándome. Arranqué y mientras me alejaba por el camino de tierra, me pregunté si también había visto, o fue una alucinación, la lengua. Esa enorme y monstruosa lengua de vaca lo que apareció cuando Clara abrió su boca para besarme.

Ese día, Susana López, la profesora de inglés, llegó temprano al colegio. Decidió aprovechar para corregir unas pruebas que le habían quedado pendientes del día anterior, para lo cual se dirigió a la biblioteca, que era el lugar más silencioso en todo el enorme edificio. Una vez más, se lamentaba de ser profesora de inglés, porque, pensaba, debía leer los exámenes completos y no como sus colegas de ciencias que, comparando los resultados, ya podían calificar.

Sin embargo le gustaba el inglés y le gustaba ser profesora en ese colegio. Ella misma había cursado allí el secundario y tenía hermosos recuerdos de cuando era adolescente, en esas aulas.

Quería ese lugar, donde aprendió que su trabajo en esta vida sería enseñar. Por eso, después de tener su hijo decidió seguir dando clases, a pesar de las protestas de su marido, que insistió en que se quedara en la casa.

Y no se había arrepentido. Aunque joven, era muy respetada por sus colegas y, entre todos los alumnos, una de las profesoras más queridas. Y no la sorprendía que la quisieran tanto. Sabía que los sentimientos así siempre se corresponden, y quizás porque le gustaban los adolescentes —ella, tal vez, era una— apenas conocía a sus alumnos, empezaba a quererlos.

Así había comenzado la relación con Rafael. Ella lo citó en su casa, hacía dos años, cuando él tuvo un problema con el padre y empezaba a andar mal en los estudios. Primero hablaron de lo que para Rafael no tenía solución: la relación con su padre. A lo largo de la conversación tuvo la impresión de que todo era mucho menos tremendo y más simple de lo que él había pensado. Y en una charla, cuando volvió a su casa, lo pudo comprobar.

Ese encuentro fue absolutamente inolvidable para Rafael. No solamente sintió que Susana era la única persona adulta que lo había escuchado, sino que conoció, por primera vez, a alguien con quien compartir una vieja pasión: Inglaterra. A otros tal vez les hubiera pasado inadvertido, pero él, desde que entró a la pequeña sala de la casa de la profesora, reconoció un estilo que había visto en películas y revistas. No sabía si eran los muebles, el color de las puertas o qué, pero tenía la sensación de estar dentro de una película inglesa.

—¿Y por qué te crees que estudié inglés? —le dijo Susana sonriendo esa misma tarde.

A pesar de la diferencia de edad, se hicieron grandes amigos. Con el tiempo Cristina empezó a acompañar a Rafael, y después Carlos, Leticia y finalmente Manuel.

Comenzaron a frecuentar la casa. Se juntaban a mirar películas o simplemente para conversar. El marido de Susana, Luis, trabajaba de noche, así que muchas veces las chicas se quedaban a dormir para acompañar a Susana y a Nicolás, el hijo, y aprovechaban para contarle sus secretos, que la profesora y amiga guardaba celosamente. A veces llevaban a Nicolás al cine o se quedaban a cuidarlo si el matrimonio salía alguna noche.

También acompañaron a Susana cuando Luis tuvo el accidente de auto y murió, después de cuatro días de pesadilla en el hospital.

Una tarde de verano, que Susana había preparado unos sándwiches para festejar que Rafael viajaba por un año a Inglaterra en un programa de intercambio, les dijo a los cinco, que estaban alrededor de la mesa:

—Chicos, yo tengo un solo hijo, y ya no habrá otros, pero de tenerlos me gustaría que fuesen como ustedes.

Fueron casi dos años de una amistad tan querida como inusitada. Los cinco se sentían de alguna manera "adoptados" por su joven amiga mayor y tenían una especie de orgullo por haber sido elegidos, a esa edad, como amigos de esa persona tan maravillosa que era Susana. Eso no los llevó a hacer alardes en la escuela. Sabían que al ser también su profesora, eso podría traerles problemas con los otros compañeros, así que, aunque no lo ocultaban, nunca en el colegio hicieron comentario alguno sobre su relación con la profesora de inglés.

Mientras terminaba de corregir las pruebas en la biblioteca, Susana abrió un paquete de caramelos de goma que había comprado en la entrada del colegio. Nunca comía esas golosinas sin algo de culpa. Cierta tendencia a engordar, los kilos que habían venido para quedarse cuando tuvo a Nicolás y su debilidad por los dulces, la habían convertido en una mujer francamente gordita. Eso la preocupaba porque su madre —a quien se parecía cada vez más— había tenido problemas de salud por el sobrepeso.

Pensar en todo eso le hizo terminar más rápido el paquete de caramelos. "Ya le voy a pedir una dieta a Leticia", pensó. Pero sabía que siempre decía lo mismo y al final no hacía nada, ni dieta ni ejercicios.

Al corregir la última prueba vio que casi todas las respuestas estaban mal. Eso le extrañó porque la semana anterior había hablado con esa alumna y le dijo que tenía que estudiar bastante para ese examen escrito, porque el oral ya estaba reprobado. Y si no aprobaba ahora debería rendir toda la materia, y eso significaba estudiar en el verano.

Por más que lo intentó, no pudo aprobarla. La entretecía un poco cuando un alumno perdía la materia. Siempre se preguntaba si había tenido algún problema que ella no conocía o simplemente lo imaginaba estudiando mientras sus amigos estaban en la pileta, o cosas así. Con un suspiro, cerró la carpeta y se dirigió al aula. La campana había sonado.

Esa tarde entregó las notas y dio la clase.

Al jueves siguiente ya estaba atrasada cuando entró al colegio. La lluvia hizo que demorara en conseguir un taxi y a pesar de que lo intentó, no pudo subir corriendo las escaleras. Estaba agitada cuando les pidió a los alumnos que se dividieran en grupos para trabajar. Mientras los chicos se abocaban a la tarea que les había pedido se sentó en el escritorio para descansar un momento. Debajo de la ropa sentía la transpiración y el calor que le había producido la corrida en ese día tan húmedo. Se quitó el impermeable y con un pañuelo se secó la transpiración de la frente. Al rato se levantó para ver, de grupo en grupo, cómo estaban haciendo la tarea que les había encomendado.

Había pasado más de media hora cuando se sentó nuevamente en el escritorio. Estaba cansada y se sentía pesada. Al apoyar la vista sobre el pupitre vio ese papel doblado que, estaba segura, no estaba allí antes de levantarse. Lo tomó para abrirlo, y en ese momento Manuel ya estaba enfrente suyo entregándole la hoja con los resultados de su grupo. Inmediatamente después llegaron otros alumnos que, mientras le hacían preguntas, dejaban los trabajos sobre el escritorio. Los apiló y comenzó a explicar la lección de ese día. La campana sonó justo cuando estaba terminando.

Al quedarse sola en el aula guardó las hojas en su portafolios, excepto aquella que había encontrado doblada, y no pudo leer. Cuando la abrió, al principio no podía creer lo que veía. Se le llenaron los ojos de lágrimas y permaneció sentada unos momentos. Rompió la hoja, la tiró al cesto de los papeles, y se fue del colegio sin detenerse a contestar el saludo de unos alumnos que cruzó en el portón de la entrada.

Cuando salió del edificio las lágrimas seguían cayéndole por las mejillas. Jamás en todos sus años de profesora le habían hecho algo así, la habían ofendido en una forma tan dolorosa. No se podía sacar de la cabeza las palabras en ese papel: "SOS UNA VACA". "No es justo", pensó. No le importaba saber quién había sido, sólo que no se lo merecía. Le costaba imaginarse que uno de sus alumnos pudiera haber escrito eso. Sabía que podían decirle cosas terribles a los profesores, pero no a ella, que siempre había tratado de ayudarlos, de ser una profesora buena y comprensiva.

Trató de calmarse. No quería llegar a su casa y que Nicolás la viera así, triste y con los ojos llorosos, así que decidió caminar unas cuadras para tomar aire, ponerse mejor y recién tomar el omnibus para regresar.

Mientras caminaba se decía que era una cosa más de las que hacen los adolescentes cuando están enojados y no tenía que darle tanta importancia. "No son malos", se repetía. Pero le seguía doliendo.

Después de caminar un rato estaba cansada, y en ese momento pensó: "Lo que más me duele es que lo que dice ese papel es verdad, estoy gorda, gorda como una vaca, y no puedo

dejar de comer. Cómo no me voy a cansar, a estar agitada todo el tiempo si no hago nada de ejercicio. Voy a terminar como mamá."

En la esquina se detuvo un momento para tomar aire y cuando levantó la vista vio ese cartel, justo en la vereda de enfrente: "SIUEF-Obesidad-Céutitis-Reducción y Modelación".

Permaneció parada unos instantes. Miró el reloj. Nunca se le había ocurrido ir a uno de esos lugares y pensó que entrar y preguntar llevaría sólo unos minutos. Todavía estaría a tiempo para llegar a su casa antes de que Nicolás volviera de la escuela.

El lugar era bastante elegante. Se entraba por un pasillo alfonbrado que desembocaba en un hall cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros. "Acá todo es lindo", pensó Susana, "debe ser para que una tenga ganas de venir". En una esquina de esa sala había un escritorio que estaba vacío y que, supuso, pertenecía a la persona que atendía al público. Al lado de una puerta de madera, tres sillas. Susana se sentó en la que estaba más cerca del escritorio. Pasaron cinco minutos y no apareció nadie. Le extrañó que en un lugar así no la hubieran atendido enseguida. De repente apareció una mujer que le pidió disculpas por la demora.

—Vengo para averiguar cómo son los tratamientos para adelgazar... y cuánto cuestan —dijo Susana.

—Cómo no, póngase cómoda, señora, le voy a mostrar unos folletos y a explicar un poquito cómo trabajamos aquí. ¿Ha hecho algún tratamiento antes, en otro instituto?...

Conversaron unos minutos. En un momento la empleada se levantó:

—Voy a llamar a la Dra. Suárez, nuestra nutricionista, para que le cuenta más sobre el programa....

Susana no la dejó terminar:

—No se moleste, sabe lo que pasa... me tengo que ir, mi hijo va a llegar de la escuela y...

—Es un segundo, un segundo nada más...

Susana miró el reloj nuevamente: tendría que volver en taxi porque en ómnibus ya no llegaba.

La mujer se demoraba. Menos mal que le había dicho un segundo... menos mal. Susana esperó un rato sentada; después se levantó y empezó a dar vueltas. Pensó que era una falta de respeto dejar a una persona esperando así, y además ella le había dicho que estaba apurada, que tenía que estar en la casa antes de... Miró el reloj y decidió irse cuando se abrió una puerta y apareció una mujer vestida con un guardapolvos verde.

—Usted debe ser la señora López, disculpe la demora, sucede que...

—Está bien, pero voy a tener que volver otro día porque ya se me hizo muy tarde y...

Un trueno que hizo temblar las ventanas sobresaltó a las dos mujeres. Susana miró hacia afuera y vio como comenzaban a caer grandes y veloces, las primeras gotas.

—Lo lamento, doctora, pero me voy. Se me hizo tardísimo. Me llegaré por aquí en cualquier otro momento.

Sin dejarle tiempo a que la otra le contestara salió casi corriendo hacia la calle. Desde el pasillo podía escuchar cómo se había largado la lluvia: torrencialmente. "Espero conseguir un taxi... espero conseguir un taxi..." decía en voz baja mientras veía toda la gente refugiarse bajo los aleros de los escaparates y los umbrales de las puertas. Se paró en una esquina, tratando de divisar algún taxi desocupado, bajo la cortina de agua.

Esperó.

Cuando el autobús escolar lo dejó en la puerta de la casa, Nicolás saludó a sus amigos levantando el brazo sin darse cuenta. Había comenzado a llover de nuevo y no quería mojarse más de lo que se había mojado en el patio de la escuela mientras jugaban a saltar los charcos más grandes. Cruzó el jardín hasta la puerta de la casa y tocó el timbre. Desde que robaron a la señora de enfrente su mamá tenía siempre la puerta cerrada con llave. Desde el porche saludó nuevamente y el conductor arrancó el autobús. Nicolás quedó esperando.

Tocó de nuevo el timbre y después la puerta. Era raro que su mamá se denotara porque siempre le abría rápido, como si lo estuviera esperando ahí nomás, detrás de la puerta. Trató de mirar por la ventana pero las persianas estaban bien bajadas y ahí se dio cuenta de que todavía no había llegado. Era raro, nunca había pasado que él llegara y su mamá no estuviera, ni tampoco las chicas, Leticia o Cristina, aunque ellas nunca venían a esa hora porque estaban en el colegio.

Se sentó en el escalón de la puerta a esperar. Cada vez llovía más fuerte y el agua comenzaba a salpicarlo aunque estuviera bajo el techo de la entrada. Después de un rato se acordó de la llave en la maceta. Su mamá le había dicho a Doña Rita que si se tenía que ir y ella no había llegado cerrara todo y le dejara la llave en la maceta. Corrió las tres que había en la entrada y abajo de la última apareció.

Al abrir la puerta le dieron ganas de que su mamá le diera una llave para él. Ya tenía siete años y sabía abrir la puerta con la llave. Si otra vez ella se atrasaba... él podría entrar lo más bien.

Dejó el portafolios sobre el sillón de madera del living y se sacó el rompecielos que le habían regalado las chicas para su cumpleaños.

Encendió el televisor. Como había propagandas aprovechó para ir al baño. Al pasar por la cocina se acordó del paquete de caramelos de leche que su mamá le había comprado esa mañana. Fue a la alacena donde se guardaban las cosas dulces pero no los encontró. Se quedó un momento de pie tratando de pensar adónde estarían, hasta que vio las bolsas del supermercado sobre la heladera. Corrió una de las sillas y se subió para buscarlos. Tenían que estar allí. Abrió la primera bolsa y revolvió todo pero no aparecieron. Para abrir la segunda iba a tener que ponerse en puntas de pie, porque estaba más atrás, casi contra la pared y no la alcanzaba. Hizo el intento dando un pequeño salto.

Fue un instante. Logró tomarla con la punta de los dedos, pero bajo sus pies la silla hizo un ruido. Quiso agarrarse del respaldar y, con la bolsa en la mano, sintió cómo, súbitamente, comenzaba a caer hacia atrás...

Capítulo cinco

Cuando Carlos terminó su relato el silencio se extendió por unos segundos.

Lo rompió Cristina que, algo nerviosa, dijo:

—Cuando estábamos en la Librería Del Sol, Carlos me dijo que había visto a una chica que conoció durante el verano cerca de su pueblo. Era Clara.

Carlos asintió. Se lo veía mortificado. Cristina se acercó y le pasó la mano por la espalda:

—Todo eso ya pasó, Carlos.

—Sí, Carlos —interrumpió Manuel—, a veces pasan cosas o uno ve algo que no puede explicar...

—No me puedo sacar de la cabeza la visión que tuve esa tarde. Fue horrible. Desde ese día me repito que fue mi imaginación, que eso no existió y sin embargo todas las noches cuando me acuesto esa imagen me vuelve, y todavía no la puedo olvidar; creo que no la voy a poder olvidar nunca. Por supuesto que no se lo conté a nadie. No me hubieran creído. Excepto... alguien que ustedes no conocen pero de quien tengo el relato de lo que le sucedió, y me hace pensar que la experiencia que yo tuve tal vez no fue algo aislado... quiero decir, sé que no estoy loco. Además, y por suerte —miró a Cristina— esa tarde en la librería estaba Cristina. Ver a Clara caminando por la vereda, como una de las tantas personas que uno encuentra en la calle, fue denariado, y se lo conté. Le conté todo como ahora se los conté a ustedes, que son mis amigos. Y lo hago porque esa misma tarde Cristina también me relató algo que me confirmó que lo que sucedió en ese tambo forma parte de otra cosa que no sé explicar. Algo monstruoso —Carlos parecía a punto de llorar— y que existe, a veces convive con nosotros y no lo sabemos, no podemos darnos cuenta.

Leticia intervino:

—Está bien Carlos, no te pongas mal. Si querés cambiarnos de tema...

—No —Carlos sonó terminante—, creo que es necesario hablar de esto, que ustedes lo sepan. A lo mejor nunca tienen que vérselas con algo así pero... existe.

Días después de aquella tarde en el tambo fui a la casa de una especie de curandera o brujá muy famosa por aquella zona. Comprendan, estaba muy mal y pensé

que a lo mejor pasaba algo conmigo, qué se yo, una especie de gualicho me había hecho ver eso... no sabía qué pensar. Después de escucharme, lo único que me dijo fue que hacía dos años había recibido la visita de otro chico de un pueblo que está bastante alejado de Los Molles. "Si querés andá a verlo, vos no tenés que hacer nada porque no tenés nada". Me dijo cómo ubicarlo y nada más. Viajé a Villa Fontana. Ese muchacho era el hijo del médico de ese pueblo, y me contó...

En ese momento una ráfaga de viento golpeó uno de los postigones de la ventana del living. Todos se sobresaltaron.

Cristina se levantó:

—Va a ser mejor que prepare café, ¿me podrás ayudar con las tazas, Marcela?

—Sí —Marcela, que estaba sentada en uno de los sillones, se incorporó—, nos va a venir bien un cafecito. En la cocina, mientras Cristina preparaba la cafetera, Marcela comenzó a abrir las alacenas en busca de las tazas.

—Pobre Carlos, que le haya pasado una cosa así... no lo puedo imaginar, o mejor dicho, no lo puedo creer. Cristina bajó los ojos y, con un gesto serio, dijo:

—Yo sí lo puedo creer, desgraciadamente pienso que eso puede ser cierto.

Marcela la miró:

—¿En serio...?

Cristina la miró a los ojos.

—Yo sé por qué te lo digo.

Marcela la miró asustada:

—Pero, Cristina, cómo pensás que puede ser posible que una persona sea... no sé cómo decirlo, una especie de vaca... no entiendo, realmente no lo entiendo, no es posible.

—A mí también me resulta difícil creer algo así, pero siempre pasa con lo que se escapa de lo normal. Nunca lo queremos creer simplemente porque no sucede todos los días, pero eso no quiere decir que no exista. Estoy segura de que en este mundo pasan muchas cosas, fenómenos, que no podemos explicar y eso no los hacen menos ciertos. Lo que sucede es que justamente son esas cosas las que se ocultan. Vos misma viste que Carlos jamás hubiera contado esto que le pasó de no haberse dado ese encuentro conmigo...

Marcela frunció el ceño:

—¿Y vos qué tenés que ver con eso?

—Nada... directamente. Pero sé de algo que sucedió, y que sucedió en esta casa hace muchos años y que lo que me contó Carlos hizo que, si hasta entonces tenía dudas, ahora ya no las tenga.

—Pero... ¿qué cosa pasó en esta casa? —la voz de Marcela delataba cierta inquietud.

—Hay un escrito, de mi abuelo. Hace unos años lo descubrí cuando acomodaba la biblioteca que está en el salón. Mi papá sabía de esa historia, pero siempre la ocultaron, igual que ahora Carlos, por miedo a que los demás piensen que estaba loco, o algo así.

—Por favor, decíme...

Cristina tomó la bandeja, sirvió el café y dijo:

—En el living.

Volvieron con el café. Cada uno tomó una taza. Permanecieron en silencio hasta que Leticia habló:

—Carlos, estabas contando del muchacho que fuiste a ver a... Villa Fontana. El que la bruja te dijo que vieras...

—Sí, fui y... —comenzó Carlos.

—Esperen, antes de que cuenten eso, Carlos, me gustaría saber qué es lo que sabe Cristina de esto —interrumpió Marcela—, vos dijiste que ella te contó una historia que no te hizo dudar, y a mí acaba de decirme en la cocina que sabe que todo eso es cierto por algo que sucedió en esta casa... Ya que vamos a dormir aquí me gustaría que ella cuente esa historia antes que cualquier otra cosa.

Todos miraron a Cristina. Ella dejó su taza sobre la mesa y comenzó a hablar mirando hacia la sala con-tigua al living:

—Hace un tiempo, después de que murió mi abuela, vinimos a pasar el verano en esta casa. Una tarde, que no tenía nada que hacer, me puse a limpiar. Y entre las cosas que me había propuesto estaba acomodar y sacarle un poco de tierra a unos libros que están en una pequeña biblioteca, en aquel salón. Mientras lo hacía encontré un cuaderno muy viejo que estaba escrito a mano. Me llamó la atención, porque cuando lo hojeé me di cuenta que era un escrito de mi abuelo. Lo leí. Cuando terminé no podía creer que lo que relataba fuera cierto, seguramente como alguno de ustedes después de escucharlo a Carlos, así que le pregunté a mi padre sobre ese cuaderno y él me dijo que todo lo que decía era verdad. Conocía muy bien

Sergio Aguirre

a mi abuelo y sabía que no era un fabulador o un hombre de fantasías.

Leticia dejó su taza sobre la mesa:

-¿Y qué decía ese cuaderno?

Cristina hizo un silencio y los miró:

-Sigue estando en la biblioteca. ¿Quieren que lo lea?

Todos asintieron.

Cristina se levantó y fue hasta el salón, de donde volvió con un cuaderno de tapas celestes. Lo abrió muy cuidadosamente y comenzó a leer:

(Relato extraído del cuaderno celeste)

Llegaron con las primeras vacas, apenas se había terminado de alambrar el campo, por 1920. Los trajo mi padre. Eran de algún lugar cerca de Hungría y creo que ni ellos mismos sabían cómo vinieron a parar a la Argentina. Papá me contó que en esos tiempos las cosas eran muy distintas; todo lo que hoy parece que siempre hubiera sido así, los árboles, la casa, el estancito que más atrás, en esa época era monte apenas talado, casitas humildes alrededor de la obra -la casa grande-, tierra y sacrificios.

Los Tüür eran cinco: el padre, la madre, una hija mayor y dos hijos gemelos. Sólo recuerdo los nombres del padre, Lepo y la hija Emma. Las mujeres trabajaban en la casa; el padre y los gemelos en el campo, especialmente en el cuidado de los animales. En ese entonces sólo se criaban vacas.

La venganza de la vaca

Cuando me levantaba, a la mañana temprano, (en esa época no existía eso de dormir hasta tarde), los veía siempre en el corral, a los tres; el padre, que con movimientos de cabeza parecía dirigir a los dos hijos que, también en silencio, se movían continua y lentamente, siempre al lado de los animales, con el mismo ritmo pausado e indiferente de las vacas, sin mirarse y sin hablar.

Porque el rasgo característico de los Tüür era que no hablaban. Las palabras parecían existir como un último recurso para hacerse entender. Y sin embargo, comprendían todo lo que se les decía mejor que cualquier otro.

En la casa sucedía algo similar. Recuerdo a las Tüür casi mudas. Y a mamá eso le gustaba. En ese sentido siempre trató al personal como animales: no esperaba que hablaran, sólo que obedecieran. Por eso estas mujeres parecían haber nacido para llevarse bien con mamá.

A papá, en cambio, a veces lo exasperaba el silencio de los Tüür, sus miradas (en este momento me vienen a la memoria sus ojos) esquivas, casi indiferentes, y esa forma de asentir bajando los párpados y retirándose lentamente.

Entre nosotros, cuando papá estaba de mal humor les solía decir "las bestias".

A diferencia de la otra gente que trabajaba en la estancia, los Tüür siempre me dieron un poco de aprensión, como un secreto asco que me impedía acercarme a la casa y jugar (nunca lo hice) con los gemelos. Los

miraba desde la galería, las tardes que acompañaba a mamá, que dibujaba y dibujaba vestidos o la casa rodeada de un bosque y me decía "Así va a ser la casa cuando vos seas más grande... tenés suerte porque la vas a disfrutar de muy joven". Los recuerdo así: estando con mamá en la galería, ellos pasaban por el frente de la casa. Mirando hacia adelante, sin expresión, con los ojos fijos, pero no de estar atentos, sino como... blandamente fijos o perdidos en algún punto, siempre sin sonreír y juntos, ni contentos ni tristes, bañados en transpiración, y juntos.

Creo que el rechazo que me producía se notaba, porque mis padres siempre trataron de mantener esa distancia entre los únicos niños que había en la estancia.

Y yo más que nadie. Sabía que no podían hacerme nada, pero de todos modos sentía que había algo feo en esa familia.

El padre era un hombre alto, bastante gordo, al igual que su mujer. Y blancos. Eran tan blancos que impresionaban. En verano, la piel de los Tüür contrastaba la blancura lechosa y el rojo ardiente del sol en la piel de los gringos. En algunas zonas, no recuerdo exactamente dónde –me parece que en los brazos–, se le notaban las venas o no sé bien qué, pero parecía que de tan fina, la piel en cualquier momento se rajaría, o terminaría calcinándose bajo el sol hasta sangrar. Toda fantasía era posible para mí tratándose de ellos, lo que también, es cierto, todavía hoy, me hace dudar de la veracidad de lo que vi.

Solamente la hija era diferente: Emma era blanca, también, pero con una piel diferente a la de su familia. Uno podía verla caminar desde el corral hasta la casa, en alguna siesta infernal de verano, con un andar pausado y cadencioso que parecía que acababa de bañarse y había salido a caminar y el sol o el calor no existiesen, al menos para su cuerpo. Era muy bonita, al punto de no parecerse en nada a los demás miembros de la familia; delgada y con una mirada firme y tranquila que, recuerdo, llamaba la atención de mi madre, tenía, eso sí, la misma extraña indiferencia hacia los demás. Y el mismo silencio.

"Es de brutos que son, no saben qué decir", le replicaba papá al capataz, que siempre se quejaba de que les decía una cosa y no le contestaban y eran capaces de no hablar en todo el día aunque trabajaran sin descanso. Se ve que había algo en ellos que lo sublevaba. Recuerdo una vez, que pasé al lado de papá y el capataz, y este le decía: "Le juro, patrón, cuando se me queda mirando con esa cara y no dice nada me dan ganas de bajarle un rebenquazo...". Y yo sabía que hablaba de Lepo Tüür.

La primera vez fue en Nochebuena.

Me acuerdo que se armó el fuego desde temprano, cerca de una pieza de adobe que en esa época se usaba como galpón. Desde la tardecita toda la peonada estaba reunida alrededor de la vaquillona que, desde el día anterior, colgaba del algarrobo del patio de atrás.

Habrán sido las diez de la noche. El ambiente estaba picado. Reían y hablaban con ese estruendo que

intimida a los niños cuando escuchan un adulto alcoholizado. Nosotros, la familia, que éramos papá, mamá, una tía que había venido para Navidad y yo, habíamos cenado y estábamos en la galería.

Los Tüür pasaban la nochebuena en su ranchito. Recuerdo que esa noche, desde la galería, podía ver las dos luces: la fosforescencia anaranjada del fogón y las velas en la ventana de los Tüür.

Esperamos, como siempre, la medianoche. Que era la hora en que yo recibía el regalo de Navidad: ese año fue un landó de madera, todo pintado y con el conductor. Ahí nomás nos acostamos.

Me acuerdo que tenía el landó al lado de la cama, en una silla donde mamá dejaba la ropa para el día siguiente. La excitación del regalo no me dejaba dormir. En mi pieza no había candelabros (mamá se lo llevaba cuando me daba el beso de buenas noches), pero era una noche de luna. La luz entraba por la ventana y, desde la cama podía ver el landó sobre la silla. Sin nada de sueño, no podía esperar al día siguiente; así que me levante y fui, con mi juguete, al lado de la ventana. En silencio, bajo los rayos de la luna, lo escuché.

No era un grito, sino más bien una especie de gemido, pero bastante fuerte, como si fuera de un animal. Sin embargo yo conocía los ruidos de los animales y nunca había escuchado eso.

Me asomé por la ventana. Al principio no veía nada, pero después de un momento me pareció que una sombra se movía en el rancho de los Tüür. Me quedé un rato mirando. Después (la luz de la luna me lo dejó

ver claramente) vi a los gemelos que salían del rancho y comenzaban a caminar en el patio. Lo hacían en círculos, como si estuvieran jugando o algo así. Pero yo nunca había visto a los gemelos jugar, y a esa hora... Al rato apareció la madre, que se detuvo en el medio del patio y comenzó a mover la cabeza en círculos, como siguiendo el movimiento que marcaban los gemelos con la caminata. Estuvieron así un rato largo. De repente se detuvieron casi todos al mismo tiempo y entraron al rancho. Al gemido, o lo que fuese, no lo volví a escuchar. No esa noche.

Me costó dormir. No me podía sacar de la cabeza la imagen de los gemelos y la madre en el patio.

Por alguna razón, la mañana siguiente no le dije a nadie lo que había visto.

Pasaron unos días en los que aparentemente todo volvió a la normalidad. Aunque era imposible que yo supiera qué sucedía por las noches. Sólo en Nochebuena podía estar despierto a esas horas de la madrugada. De todos formas, antes de acostarme, y a veces estando ya en la cama, solía levantarme y mirar por la ventana hacia el rancho de los Tüür. Sólo me encontraba con la luz de las velas, el silencio y la negrura de la noche.

Durante el día por momentos los observaba. Miraba a los gemelos en el corral, o a la madre en la cocina y trataba de imaginarme qué era lo que hacían esa noche en el patio. Su silencio y ese aire ausente que antes era lo normal en los miembros de esa familia, ahora me resultaba enigmático, casi siniestro. Pensé –imaginé– que

no hablaban porque guardaban un secreto, un secreto terrible, y eso me daba miedo.

En enero fuimos a Córdoba. Estuvimos casi todo el mes, primero los tres, y después de que papá volvió a la estancia, (en esa época si estabas al frente del campo no te podías tomar vacaciones) sólo con mamá. Todos los años mi tía pasaba Navidad y Año Nuevo con nosotros y después volvíamos con ella a Córdoba, a la casa de mi abuela.

En la ciudad me olvidé de los Tüür, la noche de Navidad y ese extraño rito que empecé a pensar, podía ser una especie de ceremonia del país de donde venían. La ciudad, sus paseos, y mis amigos de vacaciones –los hijos de las vecinas de mi abuela– ocuparon mi atención durante todo ese mes.

Después de que regresamos, a los pocos días, sucedió otra cosa.

Estaba jugando en mi habitación. Mi abuela me había regalado unos soldaditos de plomo y los disponía en fila sobre el escritorio cuando escuché un ruido en el baño. Era como un quejido o un silbido, y un golpeo. Me llamó la atención sobre todo porque en ese momento pensaba que solamente yo estaba dentro de la casa. Salí al pasillo y cuando llegué a la puerta del baño la vi a Emma. Estaba parada frente al espejo. Con la lengua afuera y los ojos muy abiertos, golpeaba con la punta de los dedos su imagen en el vidrio. Recuerdo que me quedé parado sin saber qué hacer. Quería llamar a mamá pero algo no me dejaba reaccionar. De repente,

Emma me miró. Con los ojos todavía muy abiertos y frunciendo el ceño, acercó su cabeza hasta quedar a muy corta distancia de la mía y dijo:

–No hable.

Sentí que me faltaba el aire. Ese rostro que me miraba sin parpadear y con esa expresión que no conocía, me llenó de terror.

Dio media vuelta y se fue sin decir nada más. Recuerdo quedarme en el mismo lugar, sin poder moverme. Miré hacia el final del pasillo por donde había desaparecido Emma y, después de un momento, comencé a caminar hacia afuera. Sus palabras me seguían como un eco y, cuando estaba llegando al comedor, supe que no diría nada. La posibilidad de vérmelas a solas con esa muchacha, que para mí se había transformado en alguien amenazante, fue la razón que me decidió a tratar de olvidar lo sucedido. Aunque sabía que no podría hacerlo.

Además, ¿qué le diría a mamá? ¿Que se miraba al espejo mientras tenía la lengua afuera y después me dijo que no le cuente? Se reírían de mí y, lo peor, ganaría una enemiga.

Los cambios operados en los Tüür pasaron desapercibidos al principio. Excepto para mí, que, desde el encuentro con Emma, comencé a observarlos.

Lo primero que noté fue que Emma y su madre no podían pasar al lado de un espejo sin detenerse. Era un segundo, a veces, una ojeada que se confundía con un

parpadeo. Por momentos las espiaba y si encontraba a alguna sola, la veía pararse y observar su imagen en el espejo. Lo hacían con una curiosidad que me llamaba la atención, como si vieran otra cosa.

En esos días también comencé a escuchar los ruidos con la boca.

Muy débiles al principio, creo que sólo alguien obsesionado como yo con los Tüür, podría haberlo percibido. Era un ir y venir de saliva corriendo entre los dientes o de líquidos que se desplazaban en la boca por algún motivo ajeno a la voluntad. Ruidos ajenos a la voluntad, como los ruidos de la panza o los latidos. Traté de reproducirlos y fue imposible, inhumano.

Una mañana acompañé al capataz a una yerba en una estancia vecina. La estancia de los Montero. Era una costumbre en esa época que personal de una hacienda estuviera y ayudara en la yerba del vecino. También iban los Tüür.

Me quedé todo el tiempo al lado de Don Gómez, el capataz, que siempre me decía cosas al tipo de "cuando esto sea suyo..." o "cuando usted sea grande..." y así, imaginaba no sé qué proyecciones sobre mí o la estancia. Pero tenía por norma que, si los Tüür andaban cerca, yo debería estar al lado de un adulto.

Fue rápido, tanto que nadie pudo evitarlo. Los gemelos estaban atrás de la vaca. El animal, un ternero marrón, estaba maniado. Asimismo trataban de inmovilizarlo como si alguna resistencia fuese tan feroz que pudiera lanzar el hierro caliente por los aires.

Se movió, se cruzó, no sé, no pude verlo hasta después, cuando sangraba. La marca cayó sobre la espalda de uno de los gemelos. Todos lo escuchamos. Fue un bufido. Nada parecido a un grito de dolor de un niño.

Se armó un revuelo. Las mujeres gritaban y unos gauchos se quisieron medio pelear echándose culpas, pero yo no podía dejar de mirar el rostro del gemelo. Con los ojos abiertos y sin una lágrima, lo único que hacía era mover la lengua con la boca entreabierta y despedir una baba espesa que le caía por el pecho.

Ahí nomás Don Gómez lo agarró y lo llevaron a la casa para curarlo. No me dejaron entrar.

A la vuelta nadie hablaba. Don Gómez estaba fastidiado por el accidente. Al llegar a la casa, creyó que no lo escuché cuando dijo, para sí y por lo bajo: "Es que estos son bestias, nomás".

El padre y el otro hermano todo el tiempo habían permanecido impasibles y, como siempre, no dijeron una sola palabra. La mortificación que ese accidente hubiera significado para mi padre parecía no existir en Lepo Tüür, como si nada hubiese pasado.

Más tarde, cuando pasé por la cocina, oí que mi papá estaba discutiendo con Don Gómez: "Se tiró, patrón, lo ví, ese chico está loco..." Papá respondió: "Fue un accidente, lo que pasa es que a vos se te cruzaron los Tüür, y no hay nada que te venga bien..."

El recuerdo del accidente y la visión de la llaga en la espalda del gemelo me impresionaron. Fue la causa de que esa noche no me pudiera dormir.

Estaba acostado, boca arriba. La luna, como aquella noche, entraba por la ventana. No sé por qué, en un momento, supe que estarían allí fuera. Me levanté y, al asomarme, pude verlos. Absolutamente quietos, bajo el cielo iluminado, recostados alrededor del aljibe, parecían dormidos en una extraña vigilia, o despiertos, pero en otro mundo. No se miraban.

Me quedé observando, mientras esperaba que sucediera algo. Todo siguió exactamente igual y, después de un momento, regresé a la cama. Estaba apoyando mi cabeza en la almohada cuando lo escuché nuevamente: el mismo terrible gemido de Nochebuena.

Me tapé hasta la cabeza, cerré los ojos y traté de dormirme. Me repetía que tenía que contárselo a papá o a mamá... que no podía continuar con mis temores y obsesiones...

Esa noche tuve un sueño.

Caminaba por el monte. Quería llegar a la casa, pero estaba perdido. De repente aparecieron las vacas detrás de mí. Al principio eran una o dos, y después aparecieron las otras; lentamente comenzaron a rodearme mientras marchaban a mi lado. Y en ese momento lo escuché.

Pude saber, al despertarme, que aquello que había escuchado esa noche por segunda vez parecía un gemido. Pero no lo era. Era otra cosa, más familiar y tremenda: un mugido. En el sueño las vacas mugían, y ese era el mismo sonido que había escuchado en boca de los Tüür.

Comprendí, con horror, que todo lo que me espantaba de ellos eran los signos de una singular

transformación, que nunca sabré si existió realmente, o fue sólo el producto de mi imaginación. Mi padre los despidió a los pocos días y nunca supe los motivos.

Pero en esa madrugada creí estar seguro, y todo lo que había visto y oído se alineaba perfectamente con esa idea que se había instalado en mi mente: los Tüür se estaban convirtiendo en vacas. Era la única razón que podía explicar la mirada alucinada de esas mujeres frente al espejo. Pensé que la extrañeza y la curiosidad que se veía en sus rostros provenía de no reconocer esa imagen humana que el cristal les devolvía. Todo: los mugidos, el movimiento de las bocas, la baba espesa del gemelo, el mutismo y esa indolencia vacuna de los Tüür, alimentaron esa noche mi espantosa creencia.

Han pasado veinte años y aún los recuerdo como un accidente de la naturaleza. No lo puedo evitar. Y con el paso de tiempo, también, creo haber conseguido más respuestas para las conductas de esa extraña familia.

Hoy pienso, por ejemplo, que sólo sentirse uno más de aquellos animales, pudo llevar al gemelo a arrojarse contra la vaca y ser marcado, aquella tarde de la yerra. Constatarse es una palabra que en esa época no conocía.

De todos modos creo que nunca alcanzaré a comprender todo lo que sucedió. Aún ahora me pregunto por esos ritos bajo la luna, por Emma, que parecía diferente de los demás, y por el miedo, que a pesar de los años, no desaparece.

Querido Rafael:

Acabo de darte la noticia por teléfono y te escuché tan mal que tengo que escribirte, contarte todo y bien, porque de todos nosotros vos fuiste siempre el más amigo de Susana, o el primero, qué se yo, a lo mejor ahora no importa y lo único que importa es que Nicolás se murió y Susana está desesperada y no sabemos qué hacer y no se puede hacer nada y es terrible.

Dejé de escribir porque me puse a llorar, pero ahora estoy mejor, mi amor, quiero estar bien y más tranquila para poder contarte exactamente cómo sucedieron las cosas.

Nicolás murió el dieciséis de noviembre, hace ya tres semanas. Nosotros tuvimos clase con Susana esa tarde. Me acuerdo que ese día nos dividió en grupos para trabajar los ejercicios de la unidad que estábamos viendo. Todo normal hasta que terminó la hora. Esa noche la llamé a Leticia y no estaba. Pensé que en una de esas se había ido a lo de Susana así que llamé para allá y no me contestó nadie. Me pareció raro porque Susana no sale nunca de noche y menos con Nicolás, y tampoco nos había avisado para que lo fuéramos a cuidar.

Al otro día, el profe de Química nos dijo que le acababan de avisar que el día anterior había muerto Nicolás, desnucado. Fue horrible, Leticia se cayó al suelo como una bolsa de papas, desmayada, y yo no podía creer lo que escuchaba.

Los días siguientes tratamos de estar con Susana todo el tiempo que podíamos, durante el velorio y después, en su casa. Ella casi no hablaba, nunca la vi así, lloraba a cada rato y repetía: "Fue mi culpa, fue mi culpa..."

Nosotros no sabíamos por qué decía eso. Nicolás ese día había llegado temprano a la casa y se ve que encontró la llave

y pudo entrar. Cuando Susana volvió estaba en el suelo de la cocina y las bolsas del supermercado despatarradas en el piso. Parece que Nicolás había querido subirse a buscar algo, se cayó de la silla y dio con la cabeza en el filo de la mesa, pobrecito. Cuando me imaginé eso me agarró una desesperación y una bronca, que ahora vas a saber por qué.

Después de algunos días, estábamos con Manuel y Leticia en lo de Susana. Habíamos terminado de ayudarla a empacar ropa y embalar cosas de la casa. (No te dije que decidió irse a vivir con la hermana que tiene en San Francisco.)

Estábamos tomando un té y de repente Susana nos contó qué había pasado esa tarde: cuando terminó la clase leyó un papel que había encontrado en el escritorio después de ayudar a los grupos. En ese papel decía: SOS UNA VACA. ¿Podés creer que se pueda ser tan cruel? Y con alguien como Susana, que es un pan de Dios. Cuando pienso en eso...

Se puso muy mal. Vos sabés que Susana siempre tuvo el problema de la gordura y todo eso. Así que cuando salió del colegio, llorando, con esa cosa en la cabeza, justo pasó por un instituto de tratamientos para adelgazar, y entró. Ahí la demoraron y cuando salió para volver a la casa antes de que Nicolás regresara, se largó una lluvia que hizo que no encontrara un taxi libre por ningún lado. Nos contaba, llorando, que se desesperó, tenía ganas de empezar a correr. Algo le decía que tenía que volver, como un presentimiento... El resto de lo que pasó esa tarde ya lo conocés, cuando encontró un taxi desocupado y llegó a la casa, ya era demasiado tarde.

Estábamos azorados. No sabíamos qué decirle, sólo que no había sido su culpa, que fue un accidente, que podría haber sucedido estando ella en la casa... ese tipo de cosas, pero sabíamos

Sergio Aguirre

que sí hubo un culpable y era el que había dejado ese papel. Si no hubiera sido por eso Susana no se hubiera demorado y nada de eso hubiera pasado.

Al día siguiente nos encontramos con Carlos y le contamos todo. De la bronca golpeó la pared y dijo que teníamos que encontrar al que había hecho eso, que lo teníamos que hacer por Nicolás y por Susana, que esto no podía quedar así. Y yo creo que tiene razón.

Para colmo las clases ya terminan y no tenemos mucho tiempo. Por favor, Rafael, tratá de apurar tu regreso. Lo único que me hace sentir bien es la idea de que falta poco para que vuelvas y que podamos hacer algo para que todo esto no quede así, en la nada.

Te quiero mucho, muchísimo.

Cristina

Después de que leyó la carta, Rafael se quedó quieto. Sentado en el pequeño sillón que había en su habitación de la casa de los Redlaw, en Londres, estuvo durante más de media hora con la vista fija.

Pensaba en Susana y en Nicolás y aunque no quería hacerlo, lo imaginaba en el piso de la cocina. Trataba de borrarse esa imagen, que le volvía, hasta que cerró los ojos.

Estar en Inglaterra, que había sido su sueño durante muchos años, ahora era una pesadilla; no poder acompañar a Susana, Cristina, y sus amigos, que, al fin y al cabo, eran, después de su familia, lo que más le importaba, lo desesperó. Tenía que volver. Había llegado a Inglaterra en febrero y aún faltaban dos meses para completar el año acordado pero no podía esperar. Hablaría con los Redlaw y esperaba que entenderían.

La venganza de la vaca

En ese momento recordó a Susana y los planes que había para su vuelta... Y en ese otro rostro que no conocía y que esa tarde, con ese papel, había desencadenado la tragedia...

Abrió los ojos, parpadeó, y los abrió aún más. Como un eco de su pensamiento, estaba allí la palabra, escrita: "Tragedia..." Sobre la mesa, bajo el sobre de la carta de Cristina, la última página del Times mostraba ese recuadro: "Tragedia en Sothersby Farm". Tomó el diario y leyó.

Esa noche, después de hablar con los Redlaw y reservar un pasaje para la semana siguiente, Rafael no podía dejar de pensar en Susana, el niño muerto, y las vacas...

Capítulo seis

—Saber que eso sucedió en esta casa me da escalofríos —Leticia subió los pies sobre el sillón donde estaba sentada.

Cristina todavía permanecía con el cadera entre las piernas:

—Supongo que era todo muy distinto.

—Lo que espero es que *eso* sea muy distinto —dijo Manuel.

—Por supuesto, bueno, esto ocurrió hace más de setenta años... —le respondió Cristina.

—Y los Tüür ya están muertos —dijo Rafael—, además, no creo que los hayan enterrado aquí...

Cristina lo miró e hizo un silencio.

—No lo leí en ningún lado, y papá tampoco me dijo... bueno tal vez no lo sepa, la verdad es que nunca me hice esa pregunta —en ese momento miró hacia la ventana.

Rafael levantó los brazos como si fuera a atacar a Cristina y en tono de broma dijo:

—A la noche los Tüür se levantarán de sus tumbras Y...

Carlos hizo un gesto de fastidio:

—Por favor, Rafael, esto no es broma.

—Está bien, lo siento.

—Vos dijiste que conocías otra historia, Carlos, que te confirmó que... que no habías imaginado lo que pasó con Clara.

—Sí, Carlos, por favor, continuá...

Carlos se acomodó en su asiento y comenzó:

—Les conté que esa mujer me dijo que fuera a ver a un muchacho que vivía en Villa Fontana. No me dijo nada más. En ese momento supuse que este chico tal vez hubiera conocido a Clara. No tenía muchas ganas de ir, pero la curiosidad me venció, y además pensé que, por lo que fuera que esa mujer me había mandado a hablar con él, tal vez me ayudaría a entender un poco lo que vi o creí ver aquella tarde en el tambo. Cuando llegué a Villa Fontana no me resultó difícil encontrar la casa del médico. Era una casa muy bonita, al final del pueblo....

Llamé a la puerta y me atendió Martín. Presenté que era él, así que lo llamé por su nombre. "Sí, soy yo", me dijo. Cuando le conté que me había mandado la curandera se interesó: "Pasa, pasa".

Fuimos al patio. Acercó dos sillas y me preguntó a boca de jarro: "Contáme qué te pasó a vos". En ese momento supe que yo no era el único. Fue una mezcla rara de sensaciones. Por un lado el miedo de confirmar de que hay una realidad monstruosa a nuestro lado y podemos no darnos cuenta, y por el otro el alivio de saber que no era el único que lo sabía y que lo había sufrido. Le conté toda la historia con Clara. Me escuchó muy serio, y, cuando terminé, respiró hondo. "No sé qué es esto; no lo sé y me gustaría saberlo. Mi papá me prohibió que hablara de los Juárez. Él no vio lo que yo vi, pero me cree. Me cree porque vio otras cosas. Pero dice que si lo cuenta nadie le va a creer, y, siendo médico, sería el fin de su carrera. Imagínate, qué confianza le va a tener la gente a un médico que ve cosas que no pueden existir..." El sol bajaba cuando me contó su historia con los Juárez, que voy a tratar de reproducirla exactamente como me fue relatada:

En octubre mi papá me llevó a un campo cerca de Bañearía. Era una pequeña estancia que pertenecía a una familia de Buenos Aires, y que cuidaba un hombre que vivía allí con su mujer y los hijos. Don Juárez era poco conocido en la zona, quiero decir, era de esas personas que no bajaba nunca al pueblo. A veces había gente que prefería ir directamente a la ciudad cuando necesitaban provisiones y esas cosas, y los Juárez parecían ser de esos. Excepcionalmente, en la veterinaria,

aparecía la hija, una chica de unos veinte años, que iba al negocio, compraba lo que necesitaban y se subía al sulky de vuelta, sin hablar con nadie.

En una oportunidad, que eran raras, la maestra del pueblo la atajó y le preguntó directamente si los hermanos iban a la escuela o no, porque tenía pensado ir hasta la casa para hablar con el padre, que no podía ser que esos chicos no estuvieran recibiendo educación... Y todas las cosas que puede decir una maestra. Parece que la chica no le respondió nada, así que la señorita Aída agarró el Citroën que tenía y se fue nomás.

La estancia quedaba a unos veinte kilómetros entrando desde la ruta, justo antes de llegar a Balnearia. Cuando la maestra volvió no comentó nada de esa visita y a la semana ya se estaba yendo a Córdoba. Había pedido el traslado. Todo el mundo se preguntaba por qué la señorita Aída se iba así del pueblo, porque si bien era una chica de la ciudad, parecía estar contenta en la escuela de Villa Fontana y nunca había mencionado que tenía pensado irse.

Por supuesto que nunca nadie imaginó que pudiera tener que ver con la visita a los Juárez. En realidad sólo yo lo pienso, ahora.

Mi mamá comentó lo de la maestra cuando la hija se llegó por el dispensario con una nota que pedía que mi padre fuera a la casa. A papá le llamó la atención. Él pensaba que los Juárez debían atenderse con otro médico, alguno de un pueblo vecino, porque nunca antes lo habían llamado ni se habían acercado al dispensario por nada, ni una simple gripe. "Así son los criollos", dijo

mi papá, "no vienen nunca al médico y cuando caen es porque están en las últimas, y después te echan la culpa a vos, y sos el matasanos. Acompañame, Martín, así vas conociendo los buyes con los que vas a tener que arar".

Llegamos pasada la siesta. La casa era grande; de éstas que son como un chorizo y que las recorre una galería adonde desembocan todas las piezas. Cuando llegamos nos recibió Don Juárez. Era un morucho grande, casi obeso, que caminaba muy lentamente hacia el auto, cuando estacionamos. No me pareció muy cordial, recuerdo que cuando acompañaba a mi papá a la casa de algún paciente, siempre la gente nos recibía muy bien, viste cómo es en los pueblos la gente con el doctor... pero Juárez no; era medio seco el hombre. Ni bien mi papá se bajó, le comenzó a hablar bajito, y sin sacarse la mano izquierda del bolsillo.

Aparecieron los hijos, todos gordos. Eran tres, que rondaban entre los cinco y once años, más o menos, y era impresionante el parecido con el padre. Como pesados al caminar, nos rodearon mientras nos miraban como si hubiera llegado no sé quién; me dio la impresión de que realmente en esa casa nunca recibían a nadie.

Escuché que mi padre decía: "Tengo que verla, no puedo decirle nada antes de verla..." Me quedé por ahí, dando vueltas mientras mi papá entraba en una de las habitaciones. Al rato apareció la hija, o la que yo suponía la hija. Diferente de los hermanos, era delgada y con una expresión despierta, que contrastaba con la carita de medio dormidos que tenían los chicos que

había visto. Me preguntó si quería tomar mate. Le dije que no. En realidad sí tenía ganas pero siempre me sale el no y después me arrepiento. Ella volvió a entrar. Al rato salió, me miró y entró nuevamente.

Mi papá se demoraba. Yo fui hasta el auto y me puse a escuchar la radio. No sé por qué, me oía que la cosa no debía ser muy buena.

En un momento me acuerdo que di vuelta la cabeza y vi a los tres chicos abajo de un algarrobo. Estaban como sentados, digo como porque me pareció rara la forma en que se hallaban, no sé, nunca había visto a chicos sentarse de esa manera. Me acuerdo que pensé: "Lo que pasa es que son gordos". Uno estaba con la piernas estiradas y el torso medio levantado y los otros dos con la espalda hacia arriba y la cabeza erguida, como si estuvieran hablando. Pero no hablaban. Me fijé y estaban en silencio, como masticando. No sé muy bien qué fue lo que me pareció poco natural, si algo en el cuerpo o esa postura como de echados que nunca había visto.

Al rato vi que mi papá salía de la casa y se quedaba hablando con Don Juárez en la galería. También pude ver que se acercó la hija, pero ni bien estuvo cerca de ellos el padre se dio vuelta y la chica retrocedió rápidamente.

Después se acercaron al auto. Vi que mi papá venía con la cara de preocupado que siempre tiene cuando algún paciente anda grave. Don Juárez lo saludó dándole la mano, siempre con la otra en el bolsillo.

Durante el regreso casi no habló. Le pregunté por la enferma y qué le pasaba, pero no me contestó. Apenas me dijo que tenía unas manchas en el cuerpo y que no sabía qué podía ser. Cuando llegamos a casa me olvidé del tema hasta el día siguiente.

Estaba esperando que mamá saliera del baño para darme una ducha, y mientras pasaba por la salita donde está el teléfono, escuché lo que decía. Parecía estar hablando con un colega: "...Para colmo no me sabían decir cuándo aparecieron, yo no sé si esas manchas tienen días, semanas, no sé, o no se bañan o no se miran o son medio idiotas... te juro que no vi nunca algo así... son unas manchas negras en todo el cuerpo, no hay comecón ni dolor, lo único que observé es una pilosidad que se va extendiendo desde el centro de las manchas hacia la periferia... no, te digo que no son lunares, yo he visto lunares grandes pero esto no tiene nada que ver... además los lunares no se extienden así... voy a pedir una interconsulta... pero no sé cómo hacer para que esta gente vaya a hacerse ver con un especialista a Córdoba..."

Cuando entré al baño no pude evitar mirarme el cuerpo. Trataba de imaginarme esas manchas con pelos mientras me enjabonaba como nunca. Se me cruzó que esa enfermedad podía ser contagiosa... En ese momento dudé de seguir medicina.

Esa noche, después de cenar, mi papá se encerró en el consultorio. Yo me quedé mirando televisión y como siempre, puse la pava para hacerme un café. Como vi que la luz del consultorio seguía encendida le fui

a preguntar si quería tomar algo. Sobre el escritorio vi unos libros abiertos con unas laminas espantosas de lo que parecían ser fotos de pacientes con enfermedades de la piel. Mi papá me dijo que no quería nada y me fui a acostar.

Esa noche tuve pesadillas; soñaba que me despertaba, y que, cuando corría las sábanas, estaba cubierto de manchas negras.

Al día siguiente me enteré por mi mamá que bien temprano había ido la hija de los Juárez a buscarlo a mi papá. Me comentó que ahí nomás le pidió que fuera al pueblo vecino por una ambulancia, mientras él iba a la casa. Mamá me dijo que fuera al dispensario para avisar que mi papá había tenido una urgencia y que llegaría tarde.

El dispensario queda a pocas cuadras de mi casa -todo en Villa Fontana queda a pocas cuadras- así que me fui caminando. La sala de espera estaba repleta. Le dije a la enfermera lo que pasaba, que mi padre llegaría tarde porque estaba en la casa de los Juárez y había pedido una ambulancia.

Rosa, la enfermera, hizo un gesto de fastidio:

-A vos te parece, Martín, esta gente no viene nunca al médico y ahora tu padre tiene que andar a las corridas. Qué cosa con estos criollos brutos... andá a saber qué tiene esa mujer. No es por hablar, pero la esposa del veterinario me dijo que la chica de los Juárez más de una vez fue a buscar remedios y que el marido sospechaba que eran para ellos. No sé, son cosas que uno por ahí piensa... pero no me extrañaría que fuera cierto.

Volví a casa. Me puse a acomodar mi habitación y apareció mamá:

-Martín, tu papá se está demorando. ¿Por qué no te llegás hasta lo de los Juárez a ver qué pasa? En una de esas necesita ayuda, no sé, cualquier cosa.

Agarré la moto y fui. Mientras llegaba tuve el pre-sentimiento de que algo feo estaba ocurriendo. Estacioné al lado del auto de mi papá. Al acercarme me pareció escuchar un llanto. Como no aparecía nadie entré a la galería. Cuando pasaba por una puerta vi a la hija de Don Juárez que estaba sentada con las manos en la cabeza. Era ella la que lloraba. Me asomé y pude ver, sobre una cama, a esa mujer. Supuse que era la enferma y me di cuenta de que había muerto.

Un olor a excremento de vaca inundaba la habitación.

Fue un instante. Del otro lado de la cama, una anciana levantó la cabeza y, al mirarme, escondió las manos debajo de una especie de tejido que tenía sobre la falda. Me quedé sin aliento. Vi -o creí ver- en el lugar de las manos, dos pezuñas de vaca desaparecer bajo la tela.

En ese momento escuché a mi padre que me llamaba:

-Martín, ¿qué hacés acá?

Antes que pudiera responder me dijo:

-Volvé a casa. Avisá que hoy no voy a atender. Por el tono de la voz noté que era una orden. Sin responder pegué la media vuelta y comencé a caminar hasta la moto. En mi cabeza sólo tenía la imagen de lo que había visto. Quería creer que era una especie de ilusión.

Sergio Aguirre

óptica y sentía que me temblaba todo el cuerpo. Antes de subir vi nuevamente a los chicos echados sobre la tierra, bajo el algarrobo y claramente noté que movían las bocas masticando, muy lentamente. Todos parecidos al padre, que ahora abrazaba a la hija, con su única mano libre.

La venganza de la vaca

Las clases terminaron y no pudieron averiguar nada. Hicieron una lista de sospechosos, que no era muy larga, pero sí dolorosa. Les costaba pensar que un compañero hubiera cometido semejante canallada, que ahora se parecía a un asesino.

Los nombres de la lista eran los de aquellos que pudieron averiguar, reprobaron la materia. No se les ocurrió otra razón, tratándose de Susana, para que alguien pudiera haber hecho algo así. La lista tenía los siguientes nombres:

Martín Guevara
Constanza Brunetti
Florencia Mondino
Agustín Ortega
Martín Bastos

Abordaron a los cinco. Hábilmente, trataron de dejarlos hablar, esperando algo, cualquier cosa que pudiera delatarlos; una palabra o un gesto en el momento preciso en que ellos, distraídos, mencionaban a Susana. Pero todo fue en vano. Era muy difícil que el autor de ese acto pudiera confesarlo; porque la muerte de Nicolás, pensaron, seguramente había dejado alguna especie de culpa en el que escribió aquella nota o aliviado, también, cualquier rencor.

La verdad llegó cuando dejaron de buscarla. Y sucedió casi accidentalmente.

En una siesta de febrero, Leticia estaba en el club esperando encontrar algún conocido. De sus cuatro amigos del colegio, Cristina —con la que siempre iba— estaba de vacaciones en el mar, con Rafael. Apenas llegado de Inglaterra, habían decidido, ni bien pasaran las fiestas, irse a la casa que una tía

soltera de Cristina tenía en Pinamar. Había sido todo un año de no estar juntos y con un final horrible. Querían estar solos y alejados de todo.

Por su parte, Carlos se iba, como todos los años, a su casa en Los Molles. Hasta marzo no lo vería. ¿Volverían a estar juntos, como antes, ahora que cada uno estaba en la universidad, haciendo su propia carrera? A veces Leticia se hacía esa pregunta con temor y siempre se la respondía de la misma manera: el tiempo lo dirá.

Y finalmente Manuel, con quien sí se seguía viendo, esa semana estaba ocupado porque llegaban unos familiares de Mendoza y, por supuesto, tenía que atenderlos.

Leticia estaba acostada en una de las reposterías que se encontraban, en fila, al lado de la pileta. Con los ojos cerrados, mientras sentía cómo el sol ya comenzaba a picarle demasiado, sobre todo en la cara, escuchó esa voz, que tardó un segundo en reconocer: Marcela Renzi.

—¡Leticia!, ¿cómo andás?

Leticia se alegró de escuchar una voz conocida; ya se estaba aburriendo de estar sola. Marcela Renzi no era el tipo de chica con la que estaría todo el día, pero podía ser la compañía ideal para un rato en la pileta.

—¡Marcel, ¿qué hacés acá?, no sabía que venías a esta pileta... sentáte.

—Sí, siempre voy al club al que pertenece mi papá, por el banco, pero como queda tan lejos, y hoy hace tanto calor...

Comenzaron a charlar: de las dificultades para broncearse pasaron al festival de rock en Santa Elena, el regreso de Rafael de Inglaterra, y cuando, finalmente, hablaban de las

carreras que cada una había elegido, Marcela dijo: "Voy a tener que aprobar inglés en marzo, si no voy a poder empezar la facultad..."

La última frase y cierto fastidio que percibió en la voz de Marcela alertaron a Leticia. No recordaba que el nombre de Marcela estuviera en la lista de los que reprobaban.

—¿Cómo?, ¿vos reprobaste inglés? —preguntó.

—Sí... y si no hubiera sido por esa materia... Mi papá me dijo que si no reprobaba nada, en estas vacaciones me debía ir con mi hermana a Punta del Este, ¿te imaginás?, Eugenia se fue con dos compañeras de facultad, y me invitaron, pero en el último examen... se fueron mis vacaciones.

Leticia sintió que un cosquilleo le subía por la espalda. Trató de parecer natural:

—No entiendo, contáme qué pasó.

—Mi papá siempre hace esos tratos con nosotras; si el colegio o la facultad andan bien... hay vacaciones, si no, no. No sabés la bronca, cada vez que me acuerdo...

—¿Y qué pasó con el examen?

Marcela miró al suelo e hizo un silencio antes de hablar:

—Nada... nada, la López me bochó. No podía creerlo, te juro, yo había hablado con ella, ella sabía que yo necesitaba aprobar ese examen, pero... qué se le va a hacer...

En ese momento Leticia creyó ver un destello de rabia en la mirada de Marcela. Y supo, al fin, quién había escrito la nota.

Capítulo siete

Carlos terminó de contar la historia en el momento en que comenzaba a llover. El viento había cesado y podían escuchar el ruido que hacía la lluvia sobre las hojas de los árboles. Eran las dos de la mañana y ninguno tenía sueño. Después del segundo relato de Carlos parecían haber quedado sin palabras, hasta que Manuel, en voz baja, preguntó:

—¿No supieron si había alguna conexión entre las dos familias, a lo mejor...?

—No, aparentemente ninguna —lo interrumpió Carlos—, lo que me llama la atención es que eran familias similares, quiero decir que en las dos hay una hija mayor y hermanos

menores, viven en el campo, esas cosas, pero ninguna otra relación.

—Las tres familias tienen parecidos —acotó Marcela—, también los Tiutur.

—Cierto —dijo Leticia—, los separan setenta años pero la hija mayor es... cómo se dice... el común denominador.

—¿Vos pensás que son la misma familia, que aparece en distintos lugares y en distintas épocas? —Manuel la miró extraño.

—No. Creo que existe una relación entre todos estos fenómenos, pero no creo que sea la misma familia. Yo no sé nada, pero, o es una especie de... no sé... degeneración genética, algo así, o una maldición.

—¿Maldición? —alguien dijo.

—Es posible.

Todas las miradas se dirigieron a Rafael.

—Cuando estuve en Inglaterra, una vez los Redlaw me llevaron a Glasgow, a la casa de unos parientes. La hija del matrimonio dueño de casa estudiaba culturas indígenas o algo así, y estaba haciendo un trabajo sobre equivalencias de ciertas creencias antiguas y sectas. Ella me explicaba que en muchas tribus, al igual que en sectas actuales que se dedican a adorar al diablo y esas cosas, emplean animales para llevar a cabo sus maldiciones. Decía que siempre se creyó que el castigo por excelencia para el hombre era reducir su condición humana a la de animal. Y que esto sucedió en todas las épocas, y también ahora. En ese momento había llegado a sus manos un manuscrito que me enseñó. "Puedes pensar

lo que quieras", me dijo, "pero esto no es muy extraño en Inglaterra, y menos aún en Escocia". Cuando leí lo que me había dado, que era un diario personal, no sabía qué creer. Después de escuchar lo que escuché esta noche, ya no lengo dudas.

—¿Y qué decía el diario?, nunca me contaste eso, Rafael —Cristina lo miraba como si no le creyese.

—No te lo conté porque jamás pensé que pudiera interesarte. Tenía miedo de que te burlaras de mí, además, vos tampoco me dijiste nada del manuscrito de tu abuelo...

—No hagas bromas, Rafael, lo de esta noche es serio. Ni Carlos ni yo estamos jugando... así que...

—Yo tampoco bromeo —Rafael se dirigió a todos—, es más, si quieren lo puedo leer. Ese escrito me impresionó mucho y le saqué una copia. Pero lo más extraño de todo esto es que, por alguna razón, que está comenzando a inquietarme, la traje para leerlas. Que conste que no sabía nada de las historias de Carlos y tampoco la del abuelo de Cristina. Les confieso que esta coincidencia no me gusta nada...

Rafael se levantó lentamente y subió a su habitación. Al rato volvió con unas hojas escritas en inglés...

Jane Sharpe esperó un momento antes de cruzar la calle. Bajar del autobús con su bolso y esa pesada maleta la habían dejado sin aliento.

Aprovechó para mirar la casa de los Kitteredge. Era, sin dudas, esa pintoresca construcción en piedra y

madera que se levantaba en medio de aquel precioso jardín. "Está justo enfrente de la parada del autobús, querida. Es una casa de piedra gris con un buzón rojo en la entrada", le había dicho la señora Kitteredge hacía un momento por teléfono.

Tomó aire y levantó su maleta dispuesta a cruzar hasta la casa. Antes de entrar vio que en el buzón asomaba la correspondencia. Estuvo a punto de recogerla y llevársela a sus nuevos patrones. Lo había visto miles de veces en películas: la nueva secretaria o la niñera apareciendo en la puerta con las cartas en la mano a modo de presentación. Después de un segundo decidió seguir su camino hasta la puerta de entrada sin correspondencia alguna. En las películas funcionaba pero no conocía a los Kitteredge, y pensó que a lo mejor les parecía un exceso de confianza. Esta vez no quería cometer errores. En la agencia le dijeron claramente que si por tercera vez pedían un reemplazo de una colocación suya dejarían de darle trabajo. Y ella necesitaba trabajar.

Llamó a la puerta. Esperó un momento. Llamó nuevamente y volvió a esperar. La demora le pareció extraña; hacía solo apenas una hora había hablado por teléfono con la señora Kitteredge y ésta le había dicho que la esperaba. Y, por el tono de su voz, parecía bastante ansiosa por conocerla. Se asomó por la ventana pero las pesadas cortinas, cerradas, no le permitieron ver nada. Comenzaba a preocuparle la idea de que la señora Kitteredge hubiese salido de urgencia y ella tuviera que esperar su regreso. Vaya a saber por cuánto tiempo.

Estaba dispuesta a sentarse y aguardar en los escalones de la entrada cuando se le ocurrió que tal vez pudieran estar en el patio y no la habían escuchado... Jane comenzó a caminar hacia el costado de la casa. Tal vez desde allí podría ver o escuchar si había alguien en la parte trasera.

Cuando estaba parada tratando de avizorar algún movimiento en los fondos del jardín, sintió la presencia detrás suyo. Antes de darse vuelta tuvo un ligero escalofrío; supo que había alguien a sus espaldas y que, quien fuera, no había hecho ningún ruido al acercarse...

(Fragmentos del diario de Jane Sharpe, encontrados durante el vaciamiento de la casa número veintiséis de Kyme Street, antes de su demolición)

17 de marzo

¡Qué miedo y qué vergüenza! Justo estaba tratando de ver si los encontraba por el patio cuando se me aparece por atrás la señora Kitteredge. Casi me muero del susto porque no había escuchado ningún ruido o algo que me avisara que venía alguien. Creo que después me puse colorada; me dio miedo que pensara que soy una fisgona y todas esas cosas, pero a ella pareció no importarle. Me saludó muy amablemente y entramos a la casa.

¡Qué linda! Trabajé en muchos lugares distinguidos, pero **esta casa tiene algo especial**, no solamente

es hermosa, sino que los dueños también son maravillosos. Los Kitteredge me encantaron. Son la pareja de ancianos más amable y cordial que me ha tocado tratar. Apenas entramos, Louise –así se llama ella– fue a poner agua para el té. En ese momento apareció Mark, el marido. Me asombró lo parecidos que son, más que un matrimonio, dan la impresión de ser una pareja de hermanos: los mismos ojos celestes, los rostros pequeños, algo mofetudos y con el cabello totalmente blanco de canas. También son igualmente simpáticos. “Debes estar cansada, querida, una taza de té te reconfortará”, me dijo Louise cuando volvió de la cocina con una bandeja y las tazas.

Me hicieron muchas preguntas, inclusive algunas que ya estaban respondidas en el cuestionario de la agencia. Tuve la sensación de que les gustó saber que yo no tenía familia, ni novio. Creo que los Kitteredge son el tipo de personas que se sienten muy solos y les gusta “adoptar” a otros como si fueran una especie de hijos. Ojalá les haya caído bien porque a mí me gustaría quedarme aquí. Sé que nunca fui de las mejores empleadas domésticas, y eso me costó algunos buenos empleos, pero voy a esforzarme por hacerlo lo mejor posible. Realmente deseo que esta vez me vaya bien.

Mi habitación está en la planta baja, separada de la cocina por un baño de servicio; es pequeña, pero muy agradable y justo enfrente de la cabecera de mi cama hay una ventana que da a un jardín de invierno. Es más de lo que esperaba. Por lo pronto más que ese oscuro cubículo donde me hacían dormir los Endicott.

19 de marzo

Me llevo de maravillas con los Kitteredge. Qué diferencia con los Wharton y ni hablar de los Endicott. Realmente siento que me tratan como alguien de la familia, y eso es importante para mí.

Hoy, mientras limpiaba las habitaciones de la planta alta, Louise apareció con un pequeño paquete. Era un regalo. Un pañuelo de seda con dibujos de flores. “Espero que te guste”, me dijo. Y yo sentí deseos de llorar como una tonta. No me acuerdo qué le dije, en realidad no sabía qué decir, no estoy acostumbrada a esas cosas. Creo que se dio cuenta porque no esperó a que yo dijera nada y comenzó a explicarme cómo quería que acomodase la ropa de cama.

A la tarde Mark me mostró su invernadero. Tiene una verdadera colección de plantas hermosas; realmente nunca había visto esas flores en Inglaterra. Me las enseñó una por una mientras me explicaba cómo las cuidaba. Me preguntó cómo hace para que todas estén en flor en esta época.

20 de marzo

Las cosas siguen muy bien con los Kitteredge. Creo que voy a trabajar aquí durante mucho tiempo, aunque trabajar es un modo de decir, porque siento que estoy en mi casa, y que las cosas que hago son las que haría si este fuese mi propio hogar. Louise me dijo que yo misma organizara las tareas y que si me quedaba tiempo libre lo tomara, aunque no sea mi día franco. Y pensar que cuando me tocaba el día libre en la casa de

los Endicott tenía que ir para que no me hiciera trabajar. **Qué diferentes que son las personas... hoy Louise me preguntó cuándo es mi cumpleaños.**

22 de marzo

Hoy es **mi primer día franco**. Ayer pensaba adónde podría ir, pero no se me ocurrió nada, y de repente me di cuenta de que quería quedarme en la casa. **Es extraño, pero la verdad es que aquí me siento mejor que en cualquier otro lado.** Además pensé que tal vez Louise o Mark podrían necesitarme.

Aproveché para limpiar mi propia habitación. **Revisando los cajones del placard me encontré con un puñado de yuyos secos, como si fuese césped cortado, pero se notaba que de mucho tiempo, porque estaba absolutamente seco. Qué extraño...**

24 de marzo

Estoy terriblemente contenta, diario querido. Hoy al mediodía apareció Mark acompañado de un muchacho que venía con un gran paquete. Y a que no sabes qué era... **¡Un televisor para mi habitación!** No podía creerlo, Dios mío, qué gente buena. No sé si son así con todo el mundo o es que yo les caí muy bien... **no me explico cómo la muchacha anterior a mí pudo haber dejado esta casa... con dos personas como Louise y Mark.** Ya que no sales en tus días libres, nos parece justo que tengas un televisor en tu habitación... " me dijo Mark cuando desenvolvió el paquete. Todavía estoy sorprendida y absolutamente feliz.

25 de marzo

Siguen las sorpresas con los Kitteredge. **Ahora es la comida.** Durante el almuerzo (aquí como con ellos, no como en casa de los Endicott que lo hacía en la cocina, sola) **me dijeron que si bien ellos estaban a dieta por su salud y sus años, yo no tenía por qué hacerla con ellos, así que Louise me dijo que cuando ella preparase el almuerzo incluiría un plato especial para mí.** "Tu no tienes que preocuparte por las grasas, querida, eres tan joven... y delgada..." Por supuesto que me resistí; les dije que de ninguna manera permitiría semejante molestia y que no tenía que tratarme como una huésped, pero no me dejaron terminar: "Ya está decidido, querida. Además no olvides que **en la cocina mando yo...**"

Vaya si cumplió su palabra. Para la cena **me preparó una tarta de queso exquisita.** Nunca había comido una tarta con ese sabor... claro que hizo la masa ella misma. ¡Qué mujer buena...! Y ni siquiera me dejó ayudarlo... "Sigue con tus cosas, Jane, esto es lo mío y espero que lo disfrutes..." **Me contuve para no darle un beso.** No conocí a mi abuela, pero siempre me la imaginé igual a Louise... Pienso que a veces la vida a una la compensa.

26 de marzo

Hoy conocí un chico en una tabaquería de Neal Street. Se llama Richard y me pidió el teléfono. Dios mío, no puedo pensar en otra cosa, creo que es amor a primera vista. Si no me llama me muero. Yo estaba comprando unos habanos que me encargó Mark, y

de repente apareció, desde algún lugar del negocio, y continuó atendiéndome él. Es alto, de cabello castaño y unos ojos que me quedaría toda la vida mirándolos. Pienso en él y suspiro, como una tonta. Louise se dio cuenta apenas llegué de la calle y me preguntó qué me pasaba. Le conté todo y le dije que por favor estuviese atenta si llamaban al teléfono. Creo que la pobre no se lo esperaba, porque se quedó callada, mirándome. Intuí que no le había gustado que yo conociera a alguien, así que le dije que no se preocupara, que conocer un chico no era casarme y abandonarlos. Ojalá llame.

27 de marzo

Todavía no llamó.

De todos modos tampoco creía que llamase tan pronto, aunque cabía la posibilidad... bueno, no quiero empezar como siempre: que si no llamó es por tal cosa o significa tal otra... y todas esas especulaciones que al final no sirven para nada, porque en el fondo la cosa es muy simple: si hay algún interés llaman, si no, no.

Todavía estoy comiendo el postre: torta de frambuesas. No sé si es la comida que Louise me preparó, o qué, pero no puedo dejar de comer. A lo mejor son los nervios. Espero que Richard llame pronto. A veces cierro los ojos y pienso en él, me concentro para enviarle un mensaje y repito mentalmente: lláname, lláname. Después espero el sonido de la campanilla del teléfono y... nada; entonces me siento una tonta. Tengo que pensar en otra cosa y llamará.

Hoy descubrí el tesoro de los Kitteredge. En realidad lo había visto apenas llegué a la casa, pero no sabía que fuera tan importante. Es una pequeña colección de vaquitas de piedra, algo verdaderamente precioso. Todas son diferentes; hay marrones, blancas y negras, todas blancas, y son una miniatura perfecta. Estaba limpiando la sala y comenzaba a juntarlas con la mano para limpiar el pequeño mueble donde se encuentran, y siento la voz de Mark detrás de mí: "Cuidado, por favor, Jane, por favor, ten mucho cuidado con eso...". El tono de voz de Mark me puso nerviosa y en ese momento me dio miedo de que se me cayesen. Debe ser algo muy valioso, nunca había visto así a Mark.

29 de marzo

Malas noticias: Richard no llamó. Hoy es sábado y son las diez de la noche. Si hoy no llamó, sé que ya no lo hará. Estoy triste. Louise se dio cuenta y me preguntó si quería jugar damas con ella esta noche. Pobre Louise... no sabe que no es tan fácil consolarme. Le dije que no y acá estoy, comiendo y buscando alguna película que me ayude a olvidar que Richard...

Hoy por un momento me ilusioné. Estaba repasando las habitaciones y sonó el teléfono. Atendió Mark y yo estaba segura, no sé por qué, de que era Richard. Pero me equivoqué. Mark me dijo que habían marcado un número equivocado. Me lo dijo con cierta tristeza; debió haberse dado cuenta que yo bajaba las escaleras esperando que fuese Richard.

Sergio Aguirre

3 de abril

A veces realmente no puedo creerlo. Estaba tan segura de que llamaría que pienso que hubo algún problema. A lo mejor escribió mal el número o tuvo que viajar, cualquier cosa. Hoy me dieron ganas de volver al negocio. Nunca pensé en hacerlo, me parecía demasiado humillante, pero hoy, de no haberle comentado mi idea a Louise, seguro que hubiese ido. Pero ella fue Clara: "Querida, él tiene tu número, si hay interés llamará y si ha tenido algún problema lo hará más adelante. No es necesario que te arrastres". Fue tan dura y había tal seguridad en sus palabras que se me borraron por completo las ideas de aparecer por el negocio.

12 de abril

Louise me dijo que confíe en la primavera. Me contaba que cuando ella era joven y se lamentaba de no tener novio, su abuela siempre le decía que confiara en la primavera. Estuve algunos días un poco triste, pero la verdad es que ya no me siento desesperada por salir con alguien. Tal vez sea la desilusión con Richard, pero prefiero no conocer a nadie. Sé que cualquiera diría que es para no decepcionarme de nuevo, pero yo no creo lo mismo. He descubierto que disfruto mucho quedarme en casa, con los Kittredge, o mirando televisión. A lo mejor es simple vagancia, ni siquiera he vuelto a escribirte hace varios días, diario mío, pero la verdad es que tampoco ha pasado nada digno de ser contado. He notado, eso sí, que sigo con hambre todo el tiempo, y no puedo decir que son los nervios porque

La venganza de la vaca

duermo mucho; que yo sepa la gente nerviosa tiene problemas para dormir, en cambio yo ni bien apoyo la cabeza sobre la almohada pierdo toda conciencia de este mundo.

15 de abril

Engordé. Yo sabía que iba a pasar. Como casi no salgo, no usaba los pantalones nuevos, esos ajustados que me compré este invierno, y hoy cuando quise ponérmelos para ir al correo, no me entraban. Y no me entraban.

Tengo que decirle a Louise que debería hacer la misma dieta que hacen ellos. Estos kilos son el producto de tantos postres y platos especiales, y para colmo, este hambre que no me deja. Es raro, porque yo no era así. Tal vez deba consultar a un médico. Una nunca sabe, tal vez alguna hormona ande mal, o qué se yo...

18 de abril

A veces me canso. Sobre todo al subir las escaleras, tengo la sensación de que me falta el aire. Creo que es el sobrepeso. Debo empezar con la dieta de una vez por todas. Cuando se lo comenté a Louise me dijo que no podía creer lo que estaba diciendo; que yo era joven y tener hambre es normal y mejor gordita saludable... etc. De nuevo lo dijo con esa seguridad que es imposible contradecirla. Quizás tenga razón. Sea como fuera sigue preparándose unos platos exquisitos que a veces me da la sensación que todos los días voy a comer a un restaurante. Creo que lo que sucede es que

a ella le encanta y la divierte cocinar y como no puede comer, y Mark tampoco, yo soy la excusa perfecta para su pasatiempo favorito.

21 de abril

Es el segundo día que me quedo dormida. No sé a qué se debe porque me acuerdo temprano. A Mark y a Louise no les importó, hoy me disculpé con Louise y me dijo: "Estabas cansada, eso es todo". Qué mujer maravillosa. No me canso de pensar en la suerte que tuve de venir a parar a la casa de los Kitteredge. Trato de imaginar qué sería de mi vida sin ellos y no puedo. Me he más que acostumbrado a Mark y a Louise, como si toda mi vida hubiera vivido aquí. A veces pienso que no podría sobrevivir fuera de esta casa.

¿Sabías, diario, que las vaquitas de piedra tienen nombres?

Hoy estaba limpiando el mueble y cuando las levanto para depositarlas sobre una gamuza, miro que en la panza tienen nombres. Me resultó tan raro que a esas artesanías o lo que sean, les hagan inscripciones de nombres femeninos que pensé que no debían ser piezas muy valiosas. Recuerdo algunos: Ursula, Susan, Mary... son tan graciosas... me gustó una toda blanca que se llama Rita.

23 de abril

Hoy Mark me mandó a comprar tabaco. Fui a otro negocio, pero de todos modos pensé en pasar por el frente de la tabaquería donde trabaja Richard.

Después me pareció estúpido y volví directamente a casa.

Louise hoy me preparó lasagna con una salsa de hongos. Y una vez más me la comí toda. Estoy engordando mucho, pero seguramente es por la edad, como dice Louise.

27 de abril

Hoy en el fondo del botiquín de mi baño encontré un lápiz de labios. Al pensar que debió olvidarlo la empleada que estuvo antes que yo, me di cuenta que los Kitteredge nunca la mencionaron. De repente sentí una curiosidad tremenda. Me imaginaba que sólo cansándose alguien podía abandonar a Mark y a Louise, a no ser que... ellos la hubieran echado. Tampoco me imagino esa situación. Volví a dejar el lápiz en su lugar.

4 de mayo

Querido diario, hace ya muchos días que no te escribo. Sucede que no pasan demasiadas cosas en mi vida, aunque no lo lamento, porque me siento muy bien y estoy contenta, a pesar de esta gordura que parece que ha venido para quedarse. Tengo que decir que, aunque no me gusta como me veo, tampoco me preocupa. Sé que hace un tiempo no me hubiera permitido engordar de esta manera, pero ahora no le veo nada de malo. A Louise no le parece que esté tan gorda.

Lo que sí me preocupa un poco es no poderme levantar temprano a la mañana. Ayer abrí los ojos a las diez. No podía creerlo. Había dormido más de doce horas.

A Louise no le importa (por suerte), pero no quería tener tanto sueño.

Realmente los Kitteredge son extraños. No les molestaba que me quede dormida, pero no les gusta que salga. Me di cuenta el otro día: era franco, y como hacía tanto tiempo que no salía de la casa para otra cosa que no fuera hacer compras, decidí cambiarme e ir a dar una vuelta por King's Road. Cuando Louise se percató de mis intenciones se puso (yo me doy cuenta enseguida) bastante inquieta. Cuchicheaban con Mark en la cocina y cuando la crucé para ir a la puerta de la calle, los vi a los dos, de pie y mirándose con una especie de tristeza parecida a la de los niños cuando están castigados. Me conmovieron. No sé cómo, me encontré de nuevo en mi habitación desviándome para meterme a ver televisión en la cama.

10 de mayo

Tal vez deba consultar a un médico, pero Louise no quiere. No puedo contradecirla. Es extraño pero por momentos siento que domina completamente mi voluntad. Después pienso que son ideas mías y que soy una desgraciada. Ayer estuve en cama. No me dolía nada, ni tenía fiebre o esas cosas, sólo me sentía muy pesada. Mark me trajo una de sus plantas del invierno. Me dijo que esas hojas eran aromáticas y que me ayudarían a restablecerme. "Sólo estás cansada, eso es todo", me decía Louise. "Ahora tienes que dejarte cuidar, y pronto estarás como siempre".

12 de mayo

Hoy me levanté. A pesar de querer continuar mi reposo de "nieta" mimada, pensé que debía hacer algún ejercicio. Ahora me arrepiento. Estaba en la sala acomodando unas revistas cuando llamaron a la puerta. La abrí y estaba ahí: Richard. Me miró, y después de un instante dijo: "¿Aquí trabaja Jane Sharpe?". Me quedé muda. No me había reconocido. No sé cuánto tiempo pasó antes de contestarle: "No, ya no trabaja en esta casa" y cerrar la puerta. Subí a mi habitación. Sentí la vergüenza más grande de toda mi vida. Apenas entré al baño me desnudé y me vi en el espejo: estoy absolutamente obesa, total y desfiguradamente obesa. ¿Qué voy a hacer?

14 de mayo

Después del incidente con Richard, Louise accedió a prepararme un menú dietético. Pero me cuesta mucho hacer un régimen. A las dos horas de haber desayunado siento que tengo que comer o comienzo a sentir un dolor de cabeza que no puedo soportar.

Pero hasta que no baje de peso no voy a salir a la calle.

17 de mayo

Es inútil. Sé que no voy a poder adelgazar. Y Louise me comprende, sabe lo terrible que es para mí no comer, por eso ha vuelto a prepararme sus comidas, con la única diferencia de que ha suprimido la carne. Dice que tal vez eso sea lo que me hace mal, porque se digiere muy

Sergio Aguirre

lentemente. También me aconsejó que mastique despacio, porque eso ayuda a una buena digestión.

Hoy me preguntó si quería que me cortara el cabello. Me pareció una buena idea, así que después de tomar el té, apareció con una tijeras y una toalla. No me quedó muy bien, pero no me animé a decirle nada, pobre.

19 de mayo

Se me ha hecho una costumbre no salir a la calle. Y lo más extraño de todo es que a Mark y a Louise parece no importarles. Ellos hacen todo lo que requiera salir y sin la más mínima queja; al contrario, es como si lo disfrutaran. Y tal vez sea así. Si en la agencia supieran que mis patrones hacen las compras por mí... Pero no siento a los Kitteredge como patrones, y creo que ellos tampoco me consideran una simple empleada.

Hoy estábamos con Mark en la sala. Tratábamos de sacar un poco de polvo, yo de unos jarrones que trajeron de la India o uno de esos países y Mark acomodaba y limpiaba las vaquitas de piedra. En un momento le pregunté qué había sucedido con la mucama anterior a mí, si fue despedida o si ella los había dejado. No se dio vuelta para responderme. Seguía mirando las vaquitas cuando me dijo: "Nuestras chicas no nos dejan, no nos dejan nunca". No entendí la respuesta, pero algo en su voz hizo que no quisiera seguir preguntando.

25 de mayo

Casi no puedo levantarme. Definitivamente tengo algo. Todos estos días estuve en la cama y, a veces,

La venganza de la vaca

dormía todo el día excepto para comer. Quiero ver a un médico, pero ni Mark ni Louise van a llamar a nadie. Por las noches tengo pesadillas y transpiro mucho. Sigo aumentando de peso; a veces me cuesta darme vueltas en la cama. Esto no es normal, no se puede engordar tanto en tan poco tiempo, pero los Kitteredge no lo entienden así. A veces me siento su prisionera, y creo que hasta que no me suceda algo grave no voy a poder salir de esta casa.

La habitación está a oscuras casi todo el tiempo. Lo único que puedo escuchar es mi respiración y los pasos de los Kitteredge en algún lugar de la casa. Tengo que salir de aquí, tengo miedo de estar muy enferma.

28 de mayo

Hoy le supliqué a Louise que llame un médico. Me contestó mal. No recuerdo muy bien qué me dijo, pero salió dando un portazo. Estoy desesperada. Ape- nas puedo moverme y descubrí que algo pasa con mis hormonas porque me está apareciendo un vello que nunca tuve. Un vello blanco en todo mi cuerpo.

Los Kitteredge no me hablan. No sé qué pasa, aquí está oscuro casi todo el tiempo. Sé que es Louise la que me trae la comida, aunque no pronuncia palabra. A veces me levanto como puedo y me siento en una silla que está al lado de mi cama, pero cuando escucho sus zapatos subiendo la escalera me acuesto. Le tengo miedo.

Capítulo ocho

Sigo con pesadillas. Siempre están los Kitteredge y es en el campo. Hay vacas a mi alrededor. Camino junto a ellas o estoy acostada, comiendo algo que me trae Louise. Mástico. A veces despierto y estoy masticando y me duelen las mandíbulas porque parece que hubiese estado masticando toda la noche...

* * *

Me pica. Y ya es algo tupidito. No me quedan partes donde pueda tocarme la piel, mi piel. Louise me trae pasto, y yo lo como. Todo el tiempo lo tengo en la boca. Me duelen las mandíbulas y me duele todo el cuerpo.

Mark trajo las vaquitas. Las puso en la mesa de noche, una por una mientras decía sus nombres: "Mary, Ursula, Susan... no estarás sola, Jane, ya no estarás nunca más sola, ellas te harán compañía".

A veces trato de rezar. Creo que ya no podré escribir... me duele y siento que esto no es mi cuerpo...

Tengo miedo, que alguien me ayude...

-¡Dios mío, qué horrible! -Marcela estaba acurrucada en uno de los sillones.

-Sí... horrible y verdadero -repitió con aire grave Rafael- cuando esta copia del diario de Jane Sharpe llegó a mis manos no pude dejar de ir a la dirección de la que era la casa de los Kitteredge.

-Pero nos dijiste que la habían demolido... -Leticia lo interrumpió.

-Sí... -continuó Rafael- pero de todos modos quería conocer el lugar. Ahora es un pequeño edificio de departamentos. Debo decirles que nada siniestro, por cierto. De todos modos este diario data de la década del

cincuenta, y al edificio lo demolieron a comienzos de los ochenta.

—Es decir que... después hubo otras... —Cristina lo tomó de la mano.

—Todo haría suponer que sí. La chica quiso averiguar en el vecindario acerca de los Kitteredge, si vivían o se habían mudado, esas cosas, pero nadie sabía nada o no estaban interesados en contestarles a una extraña. Carlos, que parecía haberse quedado dormido, levantó la cabeza.

—O no querían hablar de los Kitteredge..

Leticia, que estaba a su lado, se sorprendió.

—¡Carlos!, pensé que te habías quedado dormido.

—¿Dormido?, pero si estoy muerto de miedo —Carlos se veía pálido.

Enseguida Marcela agregó:

—La verdad es que yo también, chicos, les juro que yo no soy miedosa pero con esto no puedo dejar de sentirme..

—Amenazada —la voz de Cristina sonó dura e hizo que todos se dieran vuelta para mirarla. Se levantó y comenzó a caminar por el living alrededor del grupo. Se le notaba una expresión distinta a la que había tenido durante toda la reunión.

—Creo que hay razones para sentirnos amenazados. ¿Realmente piensan que es casual que muchos de nosotros, de una u otra manera hayamos sido testigos de estas historias, y que hoy estemos juntos en esta casa? —No entiendo, Cristina, ¿qué querés decir? —Leticia parecía asustada.

—Que no creo en las casualidades.

—Por favor, Cristina, explicate —Manuel hizo un gesto con las manos invitándola a hablar.

—No sé más de lo que saben ustedes, y eso me hace pensar que aquí pasa o va a pasar algo. Son demasiadas historias de vacas en esta casa y en una sola noche. Les juro chicos, es una especie de vaticinio.

En ese momento Cristina parecía a punto de llorar. Rafael se levantó y la abrazó:

—No seas sonlista, no va a pasar nada. No sabemos por qué a algunos de nosotros nos ha tocado saber o... —lo miró a Carlos — vivir estas historias terribles, pero estoy seguro de que esto es todo, no va a suceder nada más.

—Yo creo que Cristina está en lo cierto —dijo Carlos —, creo que de alguna manera o por alguna razón a nosotros nos ha tocado saber de estas historias. Tal vez hemos sido elegidos.. —calló.

Marcela, atemorizada, lo tomó del brazo:

—¿Qué estás diciendo, Carlos? —miró a los otros—. ¿Cómo elegidos?, por favor, chicos, me están dando miedo, ¿qué se supone que nos puede pasar...?

Cristina y Carlos se miraron. Carlos prosiguió:

—No sé, francamente no sé, sólo que a mí también me parece sospechoso que justamente a nosotros nos haya pasado o nos hayamos enterado de...

Leticia lo interrumpió:

—¡Basta!, basta porque me están poniendo nerviosa. No hablemos más del tema, por favor. Lo único que quiero es irme a dormir y olvidarme de todas estas historias de las vacas.

Sergio Aguirre

La venganza de la vaca

—Me parece lo mejor —dijo Manuel y se levantó del sillón.

Leticia lo siguió:

—Sí...

Todos comenzaron a levantar las tazas y a llevarlas a la cocina. En un momento Marcela se acercó a Leticia y le preguntó al oído:

—Leti, ¿vos creés todas estas historias?

Leticia se dio vuelta lentamente mientras la miraba:

—*Son ciertas, y por eso tengo miedo.*

El último en subir las escaleras fue Rafael. Pasaron quince minutos hasta que el silencio ganó la casa. En el living quedó una pequeña luz encendida.

Pasó alrededor de una hora cuando se escuchó, apenas perceptible, el crujir de una puerta...

Lo discutieron durante tres días. Carlos y Rafael pensaban que había que intimidarla, hacerle saber a Marcela que era la responsable de la muerte de Nicolás, para que viviera con eso el resto de su vida.

Leticia, Manuel y Cristina, en cambio, creían que eso era lo mismo que nada. Estaban seguros de que Marcela se defendería. Les diría (y se diría) que la muerte de Nicolás fue un accidente, que no había sido ella la que lo subió a esa silla. Y como en parte tendría razón, eso la ayudaría a olvidar todo en poco tiempo.

La discusión se terminó cuando Rafael sacó de su bolsillo un pequeño recorte de diario. Después de leerlo, encendió un cigarrillo:

—El día que recibí la carta de Cristina donde me contaba cómo fueron las cosas, vi, sobre la mesa, este artículo del Times. Fue extraño, había estado ahí, junto a la carta, esta otra historia de un niño muerto... Y una vaca. Y lo que sentí fueron los deseos de acorralar a la persona que escribió ese papel...

Se hizo un silencio.

Con el correr de los días ninguno de los cinco tenía dudas de que Marcela debía pagar por su crimen. Ninguno tampoco pudo sacarse de la cabeza la historia del niño muerto en Inglaterra, y su proximidad con la carta de Cristina, que parecía tan... providencial, hizo que cuando apenas Rafael lo insinuó, los demás estuvieron de acuerdo: debían vengar la muerte de Nicolás y el dolor de su amiga, y el arma que usarían sería la misma que provocó la tragedia: la vaca.

Harían que el terror jamás le dejara olvidar esa palabra. Sería, también para Marcela, una palabra maldita.

Enumeraron los pasos:

1) En esos meses se acercarán a Marcela. De una manera en que no sospeche nada, la harán partícipe de sus salidas; tratarán, en suma, de que se integre al grupo, como queridos compañeros de secundaria.

2) Después de un tiempo, invitarla a pasar un fin de semana a la casa del abuelo de Cristina en el campo será lo más natural.

3) Rafael y Cristina estarán en la casa desde el día anterior para preparar lo necesario y esperar a los otros, que llegarán, de a dos, por la mañana. Pasarán un día de casa de campo común y corriente.

4) A lo largo del día dejarán entrever cierto temor hacia las vacas. Pero no dirán nada más. Tratarán de crear una intriga en Marcela que les asegure que a la noche estaría muy interesada en escuchar los...

5) Relatos. Se contarán en la noche y casi como una confesión. Algunos de ellos contarán un relato como verdadero. Las historias debían ser tan perturbadoras como crueles y tratarían de narrarlas con tal convicción que Marcela no podría dejar de creerlas. Pensaban que, si en una noche, cinco personas creían algo y tenían miedo, la sexta sentiría exactamente lo mismo. Todos los relatos, con diferencias, tendrían la misma sinuista familiaridad: las vacas.

6) Después de contar las historias aparentarían retirarse a dormir, cada uno en un cuarto separado —la casa tenía ocho—. A la hora, cuando supusieran a Marcela durmiendo, desplegarían la trampa.

7) Saldrían de las habitaciones y las cerrarían con llave. (No querían contar con la posibilidad de que Marcela

podiera entrar, buscándolos, a uno de los dormitorios y quedarse allí.)

Carlos y Rafael se encargarían de preparar la planta alta: humedecer el excremento de vaca que, desde el día anterior, guardaban en una bolsa de plástico. Abriendo silenciosamente la puerta del dormitorio de Marcela, lo esparcirán, hasta donde pudiesen, dentro de la habitación y el resto a lo largo del pasillo. Después bajarán al sótano para acarrear lo que debía ser la visión más horrible de la pesadilla que habían diseñado: la cabeza seccionada de una vaca, que Rafael y Cristina retiraron el día anterior del maladero de un amigo del padre de Carlos. La colocarían en el pasillo, justo a la mitad, en el paso obligado para quien quisiera salir de allí.

En la planta baja, Cristina y Leticia esperarían, en la caja de electricidad, que todo estuviera listo antes de cortar la luz: que los chicos bajen y Manuel, finalmente, volteé la mesa de roble sobre el entablonado. Pensaron que sería un ruido suficientemente fuerte, un ruido que Marcela no dejaría de escuchar, aunque tuviera el sueño pesado.

Después de que Manuel tumbó la pesada mesa contra el entablonado de la sala, con un tronar de madera que pareció estremecer toda la casa, se dirigió al sótano, donde los demás lo esperaban. Alumbraados apenas con una linterna, estaban parados a lo largo de la escalera que bajaba a la caja de luz. El ruido seguramente había despertado a Marcela porque, en el silencio de la noche, escucharon lo que parecían ser pasos, o por lo menos indicios de que su víctima estaba despierta.

Trataron de seguir los sonidos que les llegaban desde arriba e imaginaron sus movimientos: primero levantarse, tratar de encender la luz, salir al pasillo, el olor, y la desesperación. Oyeron los primeros gritos, y el golpe los percató de que había encontrado la cabeza. Encendieron la luz.

Los alaridos no les dejaron dudas de que la había visto. Ahora era el terror. El terror de Marcela, que era su castigo; el precio que debía pagar por la muerte de Nicolás y el dolor de su amiga. Y el momento que todos habían esperado.

Duró unos segundos y después escucharon un silencio. Fue un instante, y después el ruido del cuerpo de Marcela rodando escaleras abajo, golpeando con su peso contra los escalones hasta el silencio final. En ese momento tuvieron miedo.

El miedo de haber ido demasiado lejos.

OTROS TÍTULOS

La venganza de la vaca

Los vecinos mueren en las novelas

El misterio de Crantock

Sergio Aguirre

Los ojos del perro siberiano

Nunca seré un superhéroe

Ella cantaba (en tono menor)

Antonio Santa Ana

El abogado del marciano

El alma al diablo

Un poco invisible

Marcelo Birnmaier

El hombre de los pies-murciélago

Tatuajes

Sandra Siemens

En la línea recta

Martín Blasco

Palomas son tus ojos

Eduardo Dayan

Veladuras

María Teresa Andruetto

Bonsai

Christine Nöstlinger

En la laguna más profunda

Óscar Collazos

Ronda de perdedores

Jorge Saldaña

Esta obra se terminó de imprimir en marzo de 2016,
en los talleres de FP Compañía Impresora, Beruti 1560,
Florida, Buenos Aires, Argentina.